LOS INCENDIARIOS DE PAPEL
SALVADOR RANGEL ABUD

LOS INCENDIARIOS DE PAPEL

Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En 1900, México es una dictadura perfecta. Porfirio Díaz lleva veinticuatro años en el poder. La prensa está controlada. Las huelgas son masacradas. Los disidentes desaparecen. Y nadie cree que algo pueda cambiar.

Excepto tres hermanos tipógrafos que trabajan en un sótano húmedo de la Ciudad de México.

Ramiro, Esteban y Justo Flórez Melón fundan un periódico: Renacimiento. Escriben sobre la esclavitud disfrazada de peonaje, las masacres disfrazadas de orden público, la dictadura disfrazada de progreso. El periódico circula de mano en mano, escondido en camisas, leído en secreto como pornografía política.

El gobierno reacciona con violencia burocrática. Clausuran la imprenta. Arrestan a los hermanos. Pero ellos consiguen otra prensa e imprimen desde otro sótano. Es juego de gato y ratón donde el gato tiene ejército y el ratón solo tiene palabras.

A la imprenta llega Tintero, aprendiz de doce años que será el único testigo que sobrevivirá décadas después para contar la historia. También llega Teresa Valcárcel, maestra y feminista que funda las Mujeres del Fuego para distribuir el periódico y enseñar a leer a obreras.

El gobierno escala. Cárcel de Piedra Sucia. Justo muere en pelea organizada por guardias. Teresa muere de neumonía. Los sobrevivientes se exilian a Los Ángeles y continúan imprimiendo desde allá.

Entonces llega 1910. Francisco I. Madero, terrateniente ilustrado, llama a las armas. Como tiene dinero y contactos, se convierte en cara de la revolución que los hermanos Flórez encendieron con tinta. Les roban la revolución. La historia no la escriben los que empiezan sino los que ganan.

Ramiro muere en Los Ángeles en 1922, pobre y olvidado. Esteban muere en prisión en Texas en 1918. Todos muertos. Todos olvidados. Mientras Madero es recordado como padre de la revolución.

Pero Tintero sobrevive. Regresa a México siendo viejo y escribe todo lo que la historia oficial olvidó. Muere en 1985. Su testimonio es encontrado tres años después en caja bajo la cama. Es publicado por editorial pequeña. Y la historia verdadera, la de los que perdieron pero no se rindieron, empieza a ser contada otra vez.

Una novela sobre la revolución que nadie recuerda. Sobre las manos que imprimieron las palabras que encendieron el país. Sobre la gente común que hizo cosas extraordinarias y murió sin reconocimiento. Y sobre el fuego que no se apaga: solo cambia de manos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripción de represión política (arrestos, golpizas, tortura), muerte de personajes en prisión, condiciones carcelarias brutales, violencia estatal contra manifestantes, exilio forzado y olvido histórico deliberado.

No es novela histórica tradicional donde los héroes triunfan. Es narrativa sobre activistas que encendieron revolución y fueron olvidados por ella. Los lectores sensibles a injusticia histórica, muerte de personajes queridos sin justicia o finales donde los protagonistas pierden deben considerarlo antes de leer.

La novela es parodia seria de eventos reales. Los nombres están cambiados (Flórez Melón en vez de Flores Magón, Renacimiento en vez de Regeneración, Madueño en vez de Madero) pero los mecanismos de represión, exilio y olvido son documentados y reales.

Audiencia recomendada: Adultos interesados en historia alternativa de México, narrativa sobre periodismo clandestino, historias de activismo olvidado y ficción que cuestiona la historia oficial.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

"Los Incendiarios de Papel" surge de frustración con la historia oficial que reduce la Revolución Mexicana a fechas memorables y héroes fotogénicos. Rangel Abud investiga a los hermanos Flores Magón y descubre que la historia verdadera es más compleja, más triste y más inspiradora que la versión de los libros de texto: tres tipógrafos que encendieron revolución con palabras, fueron perseguidos, encarcelados, exiliados y finalmente olvidados mientras otros cosechaban lo que ellos sembraron.

La novela usa parodia seria: cambia nombres y fechas para liberar la narrativa de la solemnidad histórica, pero mantiene fidelidad absoluta a mecanismos de represión, estructura de poder y dinámicas de olvido. Los Flórez Melón son ficción. Los Flores Magón fueron reales. Y su olvido también es real.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los Incendiarios de Papel
Autor: Salvador Rangel Abud
Idioma: Español
Extensión: Aproximadamente 28,000 palabras
Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo
Género: Ficción histórica / Parodia seria / Narrativa de activismo
Año: 2025
Período histórico: 1900-1985 (México porfiriano, revolución, post-revolución)

Formato disponible: Digital (PDF/EPUB) de distribución libre bajo licencia Creative Commons

---

NOTA DEL AUTOR

La historia oficial nos ha mentido durante un siglo.

No con falsedades directas sino con omisiones calculadas. Nos han enseñado que la Revolución Mexicana comenzó el 20 de noviembre de 1910 cuando Francisco I. Madero llamó a las armas. Nos han enseñado nombres, fechas, batallas. Pero nunca nos enseñaron quién encendió el fuego antes de que hubiera revolución.

Los hermanos Flores Magón (aquí Flórez Melón porque esta es parodia, no biografía) fundaron el periódico Regeneración en 1900. Once años antes de que Madero escribiera su Plan de San Luis. Escribieron contra la dictadura cuando escribir contra la dictadura era garantía de cárcel. Fueron perseguidos, encarcelados, exiliados, y finalmente olvidados por la historia que ellos mismos encendieron.

Ricardo Flores Magón murió en prisión en Kansas en 1922. Su hermano Enrique murió pobre en México en 1954. Ninguno vio su nombre en billetes ni estatuas. La revolución que comenzaron con tinta y papel fue cosechada por otros con carisma y fusiles.

Escribí "Los Incendiarios de Papel" porque esa injusticia histórica me parecía intolerable. Usé parodia porque la historia oficial ya está escrita en piedra y la piedra no acepta correcciones. Pero la ficción sí. La ficción permite decir verdades que la historia censura con su solemnidad.

Esta novela es acto de justicia histórica tardía. Es decir: sí, Madero llamó a las armas. Pero antes de eso, tres hermanos imprimieron las palabras que hicieron posible ese llamado. Sí, tenemos héroes de bronce. Pero los verdaderos héroes murieron en cárceles y fueron enterrados en fosas comunes.

Y lo más importante: esa genealogía de activismo no terminó con los Flores Magón. Continúa todavía. En sótanos, en cocinas, en cuartos de estudiantes. Los incendiarios de papel siguen vivos. Solo cambiaron de tecnología.

Salvador Rangel Abud
Xalapa, Veracruz
2025

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia **© Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**.

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado

(Salvador Rangel Abud, "Los Incendiarios de Papel"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

Revolución Mexicana, Flores Magón, periodismo clandestino, activismo histórico, represión porfiriana, historia alternativa México, tipógrafos revolucionarios, prensa prohibida, exilio político, memoria histórica, parodia seria, Regeneración, feminismo revolucionario, olvido histórico, resistencia cultural

---

TEMAS PRINCIPALES

La historia la escriben los que ganan, no los que empiezan. La novela documenta cómo tres tipógrafos encienden la revolución con palabras pero son olvidados mientras terrateniente carismático se lleva el crédito. La historia oficial necesita héroes fotogénicos, narrativas simples, fechas memorables. Los Flórez Melón son demasiado complejos, demasiado radicales, demasiado incómodos para el panteón oficial.

Las palabras son más duraderas que la pólvora. Los fusiles ganan batallas pero las ideas ganan revoluciones. La prensa manual que ruge en el sótano es más peligrosa para el régimen que cualquier ejército porque las palabras se reproducen, se distribuyen, se heredan. No puedes matar una idea arrestando al que la imprime.

El activismo cuesta todo y no promete nada. Los hermanos Flórez pagan con cárcel, tortura, exilio, muerte. Y al final, ninguno ve el triunfo de sus ideas. La novela rechaza romantización del activismo. No dice "vale la pena porque ganarás". Dice "probablemente perderás pero alguien tiene que intentarlo".

La memoria es acto de resistencia. Tintero dedica su vida a recordar cuando el poder quiere que se olvide. Porque recordar es negar la versión oficial. Documentar es resistir el olvido. Escribir es asegurar que los muertos no desaparezcan dos veces.

CITAS DESTACADAS

"Si usted aprendió en la escuela que la Revolución Mexicana comenzó el 20 de noviembre de 1910 con un señor de bigote bien peinado que escribió un plan desde San Antonio, Texas, permítame felicitarlo: usted sabe exactamente lo que el Estado quiere que sepa."

"La revolución verdadera, la de las ideas peligrosas y las palabras prohibidas, la comenzaron tres tipógrafos obstinados que creían que la tinta era más duradera que la pólvora."

"Los fusiles ganan batallas. Las palabras ganan revoluciones. Porque los fusiles se oxidan, las balas se gastan, los soldados mueren. Pero las palabras se reproducen. Se copian. Se distribuyen. Se heredan."

"Las palabras sobreviven a todo: a la censura, a los museos, al olvido, a la muerte. Y mientras haya alguien dispuesto a mancharse las manos, mientras haya papel que resista, mientras haya tinta que manche, las cenizas seguirán ardiendo."

COMPARACIONES LITERARIAS

"Los de abajo" de Mariano Azuela (México): Aunque Azuela documenta revolución desde las trincheras y Rangel desde las imprentas, ambos comparten desilusión con resultado final. Ambos muestran que quienes hicieron la revolución no fueron quienes la disfrutaron.

"Noticias del imperio" de Fernando del Paso (México): Ambas usan ficción para reexaminar historia oficial. Del Paso crea ficción con Maximiliano y Carlota, Rangel lo hace con ellos y con los Flores Magón. Ambos demuestran que la ficción puede ser más verdadera que la historia.

"1984" de George Orwell: Aunque Orwell escribe distopía futurista y Rangel historia pasada, ambos exploran mismo tema: "Quien controla el pasado controla el futuro." Los Incendiarios documenta cómo el Estado mexicano controló el pasado borrando a los Flores Magón.

"Operación Masacre" de Rodolfo Walsh (Argentina): Aunque Walsh trabaja periodismo de investigación y Rangel ficción histórica, ambos comparten obsesión con documentar lo que el poder quiere ocultar. Ambos entienden que escribir es acto político, que preservar memoria es resistir olvido.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Por qué la historia oficial mexicana marginó a los Flores Magón? ¿Fue accidente o decisión política deliberada? ¿Qué incomoda de su legado?

¿La parodia (cambiar nombres) fortalece o debilita la crítica histórica? ¿Es cobardía o estrategia narrativa legítima?

¿Madero les robó la revolución o simplemente la canalizó hacia dirección más pragmática? ¿Es traición o política realista?

¿El activismo sin reconocimiento vale la pena? Los hermanos mueren sin ver triunfo de sus ideas. ¿Eso invalida su esfuerzo o lo hace más heroico?

¿La novela termina con jóvenes continuando la cadena de impresión clandestina. ¿Es final esperanzador o cínico? ¿Condena a nuevas generaciones a repetir sacrificios de anteriores?

¿La revolución traicionó a sus fundadores o ellos fueron demasiado radicales para época que no estaba lista? ¿Quién tiene la culpa del olvido?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA:
Rangel Abud, S. (2025). *Los incendiarios de papel*. Internet Archive. [URL]

Formato MLA:
Rangel Abud, Salvador. *Los Incendiarios de Papel*. 2025. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago:
Rangel Abud, Salvador. *Los Incendiarios de Papel*. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2025. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud
Ubicación: Xalapa, Veracruz, México
Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras:
"Donde el aire ya no alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "La Última Ovación" (2025).

Con cinco novelas publicadas en 2025, Rangel Abud establece productividad notable y versatilidad temática: de colapso climático a corrupción ambiental, de activismo histórico a comedia teatral.

MENSAJE FINAL

La historia oficial nos ha enseñado que la Revolución Mexicana fue gesta heroica que culminó en instituciones democráticas. Que los buenos ganaron. Que todo mejoró.

Mentira.

La revolución fue traición. Los que la encendieron fueron olvidados. Los que la terminaron la traicionaron. Y las instituciones que supuestamente nacieron de ella han pasado un siglo perpetuando muchas de las injusticias que la revolución prometía eliminar.

Los hermanos Flores Magón no fracasaron porque fueran débiles o ingenuos. Fracasaron porque la historia no la escriben los que tienen razón sino los que tienen poder. Madero tenía dinero, carisma, contactos internacionales. Los Flores Magón tenían tinta, papel y terquedad. Eso no fue suficiente para ganar. Pero fue suficiente para encender.

Y esa distinción importa. Porque todavía hay gente imprimiendo palabras prohibidas. Todavía hay sótanos donde se publican panfletos que el poder no quiere ver. Todavía hay incendiarios de papel manchándose las manos de tinta porque creen que las palabras importan.

Esta novela es para ellos. Para que sepan que no son los primeros. Que antes de ellos hubo otros. Que esos otros también fueron perseguidos, también fracasaron, también murieron sin reconocimiento. Pero que las palabras que imprimieron sobrevivieron. Que el fuego que encendieron todavía arde.

Porque la revolución no se gana. Se hereda.
Y la herencia no se pide. Se toma.

Publicación digital de distribución libre
Creative Commons BY-NC-ND 4.0
2025

INDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1: La chispa en el sótano
CAPÍTULO 2: Los hermanos del plomo y la tinta
CAPÍTULO 3: Teresa Valcárcel y el manifiesto del corazón
CAPÍTULO 4: La hoja que faltaba
CAPÍTULO 5: El delegado de la loción barata
CAPÍTULO 6: Don Teobaldo y la herencia del plomo
CAPÍTULO 7: El exilio del norte
CAPÍTULO 8: Cartas sin respuesta
CAPÍTULO 9: Las mujeres del fuego
CAPÍTULO 10: El penal de Piedra Sucia
CAPÍTULO 11: Federico I. Madueño y el robo de la revolución

CAPÍTULO 12: El regreso del aprendiz
CAPÍTULO 13: Los otros incendiarios
CAPÍTULO 14: El aprendiz que narra
CAPÍTULO 15: Cenizas que arden
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Una advertencia necesaria para lectores educados en la historia oficial

Si usted aprendió en la escuela que la Revolución Mexicana comenzó el 20 de noviembre de 1910 con un señor de bigote bien peinado que escribió un plan desde San Antonio, Texas, y que llamó a las armas para derrocar a un dictador, permítame felicitarlo: usted sabe exactamente lo que el Estado quiere que sepa. Y si además cree que esa revolución fue una gesta heroica de bronce y mármol, donde buenos y malos estaban claramente definidos, y donde al final triunfó la democracia y la justicia, permítame felicitarlo de nuevo: usted es el lector ideal de los libros de texto gratuitos.

Esta no es esa historia.

Esta es la historia de los otros. De los que no tienen estatuas ecuestres ni billetes con su cara. De los que no aparecen en los murales de Diego Rivera porque no eran lo suficientemente fotogénicos ni lo suficientemente muertos de la manera correcta. De los que hicieron la revolución antes de que la revolución tuviera nombre, cuando todavía no era negocio ni cuando todavía podía perderse.

Esta es la historia de los hermanos Flores Magón.

Perdón, quise decir Flórez Melón. Porque aquí vamos a llamarlos así, no por cobardía legal sino por honestidad literaria: esta es una parodia. Una parodia seria, si es que tal cosa existe. Los nombres están cambiados, las fechas

están difuminadas, los lugares son reconocibles pero no idénticos. ¿Por qué? Porque la historia oficial ya está escrita en piedra, y la piedra no acepta correcciones. Pero la ficción sí. La ficción permite decir verdades, que la historia oficial censura con su solemnidad.

Así que aquí tenemos a Ramiro, Esteban y Justo Flórez Melón. Y si usted reconoce en ellos a tres hermanos que existieron de verdad, que publicaron un periódico llamado Regeneración (aquí lo llamamos Renacimiento, pero es lo mismo), que fueron perseguidos, encarcelados, exiliados y finalmente olvidados por la revolución que ellos mismos encendieron, entonces usted está leyendo bien. Y si reconoce en Federico I. Madueño a un político de sonrisa templada que le robó la revolución a los que la hicieron, entonces también está leyendo bien.

Porque eso es lo que pasó: les robaron la revolución.

La historia oficial nos ha vendido durante un siglo la idea de que la Revolución Mexicana fue el proyecto de un terrateniente ilustrado que decidió, desde el exilio texano y con financiamiento dudoso, que el país necesitaba un cambio cosmético. Que bastaba con quitar a un dictador viejo para que todo se arreglara. Que democracia significaba cambiar de amo, no abolir la esclavitud.

Mentira.

La revolución verdadera, la de las ideas peligrosas y las palabras prohibidas, la comenzaron tres tipógrafos obstinados que creían que la tinta era más duradera que la pólvora. La comenzaron en sótanos húmedos, con prensas manuales que rugían como bestias heridas, con tipos móviles de plomo que componían palabras que el poder no quería leer. La comenzaron no en 1910 sino años antes, cuando todavía no había ningún plan, ningún llamado a las armas, ninguna promesa de que todo iba a cambiar.

La comenzaron simplemente imprimiendo.

Y aquí viene lo incómodo, lo que no cabe en los libros de texto: esos tres hermanos no eran santos. No eran héroes de mármol con frases memorables y muertes heroicas. Eran personas complicadas, contradictorias, a veces ridículas. Peleaban entre sí por puntos y comas. Se enamoraban en el momento menos oportuno. Cometían errores estúpidos. Confiaban en quien no debían. Desconfiaban de quien sí debían. Perdían más batallas de las que ganaban. Y cuando finalmente la revolución explotó, cuando las armas hicieron lo que las palabras habían preparado, ellos quedaron al margen. Porque las revoluciones, cuando triunfan, siempre son robadas por los que llegan tarde pero con mejor ropa.

Esta novela cuenta esa historia. Pero no la cuenta con la solemnidad de la historia oficial ni con el romanticismo de las leyendas revolucionarias. La cuenta con ironía, con sarcasmo, con un humor negro que sabe que ridiculizar algo, no es negarle importancia, sino quitarle la máscara de solemnidad que lo hace intocable.

Aquí la revolución no es una gesta gloriosa. Es un desastre organizado por gente bien intencionada pero mal preparada. Es una farsa donde los que hablan de sacrificio nunca sacrifican nada. Es un teatro donde los actores principales mueren en el segundo acto y los extras se quedan con los aplausos finales.

Pero también es otra cosa: es la historia de gente que no se rindió aunque todo estuviera perdido. Que siguió imprimiendo aunque nadie leyera. Que mantuvo viva la llama aunque no calentara. Y eso, aunque suene cursi, aunque la historia oficial lo haya convertido en eslogan, sigue siendo verdad.

Los hermanos Flórez Melón no ganaron. No tienen monumentos, si tienen por ahí algunas calles con su nombre, pero no aparecen en los billetes. Pero sepa Usted que sin ellos, sin su imprenta clandestina, sin sus palabras prohibidas, sin su obstinación irracional, la revolución no hubiera sido lo que fue. O más bien: hubiera sido solo lo que fue, un cambio de gobierno, una actualización del sistema, una manera elegante de que todo cambiara para que nada cambiara.

Ellos querían más. Querían que todo cambiara de verdad. Perdieron. Pero perdieron intentando.

Y esta novela es su epitafio. Un epitafio irreverente, lleno de jocosidad cáustica y verdades incómodas. Un epitafio que no los pinta como héroes sino como personas. Personas tercas, complicadas, a veces absurdas. Pero personas que creían en algo más grande que ellas mismas y que pagaron el precio de esa creencia.

Si usted quiere leer sobre héroes inmaculados y revoluciones que terminan bien, cierre este libro ahora. Vaya al museo oficial, compre la versión autorizada, aprenda los nombres correctos y las fechas que debe memorizar para el examen.

Pero si quiere leer sobre personas reales que hicieron cosas extraordinarias de maneras torpes, que cambiaron el país sin darse cuenta, que encendieron un fuego que otros reclamaron como suyo, entonces siga leyendo.

Porque esta es su historia. La historia que no quisieron que conociera. La historia de los incendiarios de papel.

Y permítame advertirle algo más, porque soy honesto: esta historia es triste. No tiene final feliz ni moraleja reconfortante. Todos pierden. Algunos mueren, otros se venden, otros simplemente se cansan. La revolución triunfa pero la traicionan. Las ideas sobreviven pero las momifican en museos. Las palabras impresas siguen circulando pero ya no queman.

Y sin embargo, y a pesar de todo eso, esta historia también es esperanzadora. Porque muestra que la palabra resiste. Que la memoria sobrevive aunque todos quieran olvidar. Que siempre hay alguien que recoge el fuego y lo vuelve a encender. Que las revoluciones no se ganan en una generación, sino que se heredan de generación en generación, como una enfermedad crónica o como una bendición disfrazada de maldición.

Los hermanos Flores Magón —perdón, Flórez Melón— fueron los verdaderos artífices de la Revolución Mexicana. No los únicos, pero sí los primeros. No los más famosos, pero sí los más necesarios. No ganaron, pero sin ellos nadie más hubiera tenido nada que ganar.

Esta es su historia. Contada con los nombres cambiados para proteger no a los culpables sino a los inocentes…los lectores, que todavía hay algunos que creen que la historia oficial es la única historia…y les concluyo:

No lo es.

Nunca lo fue.

Y esta novela está aquí para demostrarlo.

Bienvenido a la imprenta clandestina.

Cuidado con la tinta.

Todavía quema.

Salvador Rangel Abud

CAPÍTULO 1
La chispa en el sótano

La ciudad dormía sobre sus propios murmullos. Desde los tejados, la bruma parecía exhalar un cansancio antiguo, un vaho de metal y hollín que se adhería a las paredes como una confesión no dicha. En las calles, las farolas se consumían lentamente, y en los portales, los mendigos soñaban con pan mientras los policías soñaban con ascensos. Nadie sospechaba que, bajo uno de aquellos callejones empedrados, un grupo de hombres daba forma a un fuego más duradero que el de cualquier lámpara: la palabra impresa. Allí, en el sótano húmedo de una casa que fingía ser papelería, se gestaba el periódico clandestino *Renacimiento*. Y en ese mundo de sombras y tipografías, el niño al que todos llamarían Tintero descubría que el destino podía oler a tinta fresca.

El sótano era un vientre vivo. Sus paredes transpiraban humedad y su techo bajo obligaba a caminar encorvado, como si cada visitante rindiera respeto a una divinidad invisible. En el centro, la prensa manual rugía con el aliento pausado de una bestia domesticada. A su alrededor, lámparas de queroseno arrojaban una luz amarillenta que se mezclaba con el vapor del plomo fundido. Tintero había llegado allí por accidente, o quizá por azar de esos que el tiempo convierte en designio. Tenía doce años y los dedos manchados de curiosidad. Un cartero lo había confundido con el aprendiz que los hermanos Flórez Melón esperaban desde hacía semanas. Ramiro, el mayor, lo observó en silencio unos segundos, luego dijo simplemente:

—Sirve. Que se quede.

Y así, sin más ceremonia, el muchacho fue adoptado por la imprenta y sus sombras.

Ramiro era fuego puro. Todo en él parecía encendido: los ojos, la voz, el modo de caminar. Creía que la palabra era un arma, y que cada pliego impreso podía alterar el pulso del mundo. Esteban, su hermano intermedio, era lo contrario: un hombre de calma meticulosa, devoto de la gramática y del silencio. Revisaba las pruebas con una paciencia que rozaba la santidad. Justo, el menor, era el equilibrio: el que calculaba el costo del papel, el que apagaba las disputas, el que recordaba que una revolución también debía pagar la renta. Entre los tres formaban un engranaje perfecto, una maquinaria humana que giraba al ritmo de la prensa.

Desde su primer día, Tintero entendió que aquel lugar no se parecía a ningún otro. Allí la noche tenía otro color, más denso, más espeso. El aire olía a plomo derretido, y el ruido de las linotipias se confundía con el de su propio corazón. Aprendió a reconocer los tipos por el tacto, a componer palabras al revés, a leer en el espejo de los moldes. Cuando Ramiro le explicó que cada letra debía colocarse con precisión absoluta —porque un error en una palabra podía cambiar el sentido de un manifiesto—, el niño comprendió que la tipografía era una forma de destino. Y que el suyo estaba hecho de plomo.

Durante el día, el sótano dormía bajo la apariencia de una papelería anodina. Arriba, tras el mostrador, Ramiro atendía a los clientes con una sonrisa educada. Vendía sobres, lápices, papel de carta. Nadie sospechaba que, bajo sus pies, se imprimían los textos prohibidos que circulaban en cafés y

universidades. A veces, cuando la campana de la puerta anunciaba la entrada de un soldado o de un funcionario, Tintero contenía la respiración. Ramiro seguía hablando con naturalidad, pero sus ojos brillaban con una tensión contenida. En cuanto el cliente se marchaba, bajaba las escaleras y decía:

—Otra vez vino el miedo disfrazado de uniforme.

Entonces reían, pero la risa era un modo de no temblar.

Las noches eran otra cosa. A la medianoche, la papelería se cerraba, y el sótano despertaba. El sonido del rodillo entintado llenaba el aire. Esteban corregía pruebas con una lupa, Justo ordenaba los pliegos, y Ramiro redactaba los textos que al amanecer circularían de mano en mano. Tintero era el encargado de limpiar los tipos, recoger las virutas de plomo, engrasar las bisagras. A veces, cuando nadie lo veía, intentaba leer los textos recién impresos. No entendía todas las palabras, pero sentía su fuerza. Había frases que parecían latir, como si guardaran dentro una voluntad que no era humana.

—La palabra no es inocente —le dijo una vez Esteban, al verlo curiosear—. Cada una pesa. Y si no pesa, no sirve.

Desde entonces, Tintero comenzó a temer y amar las palabras por igual.

La vida en el sótano transcurría entre el peligro y la rutina. Afuera, el gobierno había decretado nuevas leyes contra la prensa disidente. Las patrullas registraban las imprentas legales, y los periodistas eran encarcelados por una coma mal puesta. Pero allí, en aquel refugio subterráneo, la realidad parecía suspendida. Los hermanos Flórez Melón seguían imprimiendo. Cada noche, un número distinto de *Renacimiento* salía del taller como un milagro artesanal. Las ediciones eran pequeñas, apenas unas docenas de ejemplares, pero cada una encontraba su camino. Los repartidores los escondían en canastas de pan o dentro de biblias huecas. Era un juego peligroso, un baile entre la astucia y la fe.

Una madrugada, mientras el rodillo giraba y el aire estaba saturado de tinta, Tintero oyó los pasos sobre su cabeza. No eran los pasos de un cliente: eran firmes, numerosos, rítmicos. Ramiro apagó la lámpara con un gesto seco.

—Los rurales —susurró Justo.

El silencio fue absoluto. Se oían los corazones, el goteo del plomo, el viento en la rendija. Golpearon la puerta. Arriba, alguien gritó. Luego, los pasos se alejaron. Pasó un minuto, tal vez dos. Cuando volvieron a encender la lámpara, Ramiro estaba sonriendo.

—Todavía no es nuestra noche —dijo.

Desde ese día, el miedo se volvió un miembro más de la familia. Dormía entre ellos, respiraba en su aire. Pero no los detuvo. Ramiro decía que el miedo era solo otra forma de coraje. Esteban lo llamaba el precio de la palabra. Y Tintero aprendió a trabajar con el corazón acelerado, como quien imprime en la orilla de un abismo.

A veces, en las horas más tranquilas, los hermanos hablaban de su padre. Don Teobaldo Flórez había sido impresor también, durante la guerra civil.

Tenía un pequeño taller en el barrio viejo y una biblioteca de libros prohibidos. Cuando murió, les dejó más que deudas: les legó la idea de que la tinta debía servir para algo más que facturas. Ramiro hablaba de él con veneración; Esteban, con nostalgia; Justo, con una tristeza contenida. Tintero escuchaba en silencio, imaginando a aquel hombre que había encendido la primera chispa.

Una noche, Ramiro lo encontró despierto junto a la prensa. El muchacho estaba tocando los moldes, como si rezara.

—¿Qué haces despierto, Tintero?

—Escucho cómo respira la máquina —respondió.

Ramiro sonrió.

—Entonces ya estás perdido. Los que oyen a las máquinas terminan hablando con ellas.

El niño rio, pero comprendió que no era una broma.

Pasaron los meses. Afuera, la ciudad parecía cada vez más ajena. Adentro, el taller se había vuelto su hogar, su escuela, su refugio. Aprendió a escribir titulares, a contar historias en pocas líneas. Ramiro le corregía sin piedad. Esteban le enseñaba ortografía con la misma severidad con que otros enseñan religión. Justo le hablaba de dinero, de papel, de precios, como si la economía fuera una parte secreta de la poesía. Y poco a poco, el aprendiz se transformó en algo más: en testigo.

Una madrugada fría, Ramiro lo llamó y le entregó un pliego todavía húmedo.

—Lee.

El texto hablaba de obreros asesinados en una huelga, de madres que buscaban a sus hijos, de un país que fingía no oírlas. Cuando Tintero terminó, Ramiro le preguntó:

—¿Entiendes por qué imprimimos?

—Porque alguien tiene que decirlo.

—No —corrigió Ramiro—. Porque alguien tiene que leerlo.

Tintero guardó esas palabras como quien guarda una reliquia. Desde entonces, cada letra que colocaba era un acto de fe.

El día de la redada llegó sin aviso. Una delación, una sospecha, un error. Nadie supo. Eran las tres de la madrugada cuando oyeron los golpes en la puerta. No hubo tiempo de esconder los pliegos. Ramiro apagó la lámpara, Esteban recogió las pruebas, Justo abrió una compuerta oculta en el suelo.

—Tintero, por aquí.

El muchacho descendió por el túnel estrecho que comunicaba con el desagüe del callejón. Escuchó los gritos, los golpes, el ruido de las botas. Cuando el silencio volvió, subió temblando. El taller estaba vacío. Los tipos esparcidos, la prensa inmóvil, la tinta derramada. En la pared, una sola hoja pegada con sangre y sudor: un titular que decía *Renacimiento no se apaga*.

Esa noche, Tintero comprendió que el fuego ya no pertenecía a nadie. Era una llama que había escapado del papel para instalarse en su pecho. Se sentó junto a la máquina y esperó el amanecer. Afuera, la ciudad despertaba, ignorante de que bajo sus calles un niño custodiaba las cenizas de una revolución. Cuando el sol filtró su primer rayo por la rejilla del sótano, Tintero levantó la hoja manchada, la acarició con cuidado y susurró:

—Seguimos.

El eco de su voz se mezcló con el de la máquina, que parecía contener todavía el calor de la última impresión. En ese instante, sin saberlo, el aprendiz se convirtió en guardián de la memoria. Y la chispa encendida en el sótano comenzó su largo viaje por la historia.

CAPÍTULO 2

Los hermanos del plomo y la tinta

El amanecer descendía despacio sobre la ciudad, dejando en las calles un olor a carbón húmedo y pan reciente. En el taller subterráneo, la noche seguía viva: las lámparas aún ardían, el humo de las linotipias flotaba como una niebla azulada, y los tres hermanos Flórez Melón parecían figuras de un cuadro detenido. Ramiro, de pie junto a la prensa, observaba las pruebas recién salidas; Esteban, con la lupa en la mano, corregía una palabra que se le antojaba herética; Justo, en un rincón, anotaba en un cuaderno los gastos de papel y las horas de trabajo. Tintero, sentado en el suelo, los miraba con una mezcla de fascinación y cansancio. En aquella escena había una armonía silenciosa, como si los cuatro obedecieran a un mismo ritmo secreto: el pulso del plomo.

Con el tiempo, el muchacho aprendió a distinguirlos no por sus voces, sino por sus respiraciones. Ramiro exhalaba con impaciencia, Esteban suspiraba con resignación, Justo respiraba en intervalos pausados, como si meditara antes de cada inhalación. Cada uno representaba una manera distinta de entender la palabra: Ramiro la concebía como espada; Esteban, como balanza; Justo, como herramienta. Y entre ellos, el aprendiz se debatía, oscilando entre el fervor, la disciplina y el cálculo.

A media madrugada, Ramiro rompió el silencio con un golpe sobre la mesa.

—No sirve de nada imprimir verdades si nadie las lee —dijo, con la voz aún impregnada de humo.

Esteban levantó la vista.

—Las leen, Ramiro. Pero algunos no las entienden, y otros fingen no entenderlas.

—Entonces hay que escribir más fuerte —replicó el mayor—. Que las palabras los despierten, aunque sea a golpes.

—Golpes sobran —murmuró Justo, sin levantar la cabeza—. Lo que falta es papel.

Ramiro lo miró con fastidio.

—Siempre con tus cuentas. No todo se mide en monedas.

—Ni todo se imprime con aire —respondió el menor, tranquilo.

Tintero los escuchaba discutir con el asombro de quien presencia un duelo de titanes. Aquellas conversaciones lo formaban más que cualquier lección. Entendió que el fuego no era unánime: podía arder con pasión, con prudencia o con cálculo, pero siempre exigía combustible.

Las jornadas eran largas. Dormían poco, comían lo justo. A veces, cuando el cansancio los vencía, se recostaban sobre los sacos de papel y hablaban del padre, de los días en que Don Teobaldo imprimía proclamas liberales en un taller tan pequeño como una cocina. Ramiro recordaba su voz encendida, Esteban su manera de medir cada palabra antes de escribirla, Justo la costumbre de no gastar una hoja sin razón. De esas historias, Tintero deducía que la imprenta no era un oficio, sino una herencia. Una condena dulce transmitida por generaciones.

Una tarde, Esteban lo llamó a su mesa.

—Ven, Tintero. Lee esto.

El muchacho se acercó. Era un texto sobre la educación del pueblo, escrito en un lenguaje claro, casi maternal.

—¿Te parece correcto? —preguntó Esteban.

Tintero leyó en voz baja, midiendo cada palabra. Luego asintió.

—Sí, señor. Es... limpio.

Esteban sonrió apenas.

—La limpieza también es una forma de valentía.

Ramiro, que había escuchado desde el fondo, río.

—O de cobardía. Los textos limpios no incomodan a nadie.

Esteban lo miró con calma.

—No todos nacieron para gritar.

—Ni todos para dormir —contestó Ramiro, encendiendo un cigarrillo.

Justo apagó la lámpara del rincón y dijo, casi para sí:

—Al final, el que duerme es el que sobrevive.

El silencio que siguió fue pesado. Solo el rodillo siguió girando, untando la tinta sobre el plomo con la misma indiferencia que el tiempo sobre los hombres.

Hubo días en que el taller pareció un campo de batalla. Las discusiones crecían como incendios. Ramiro acusaba a Esteban de tibieza; Esteban reprochaba a Ramiro su delirio. Justo, siempre en medio, mediaba con frases breves y cansadas. Tintero intentaba no intervenir, pero absorbía cada palabra. Comprendía que el fuego del taller no provenía de la prensa, sino de los hombres que la alimentaban.

Una noche de invierno, Ramiro llegó con un texto nuevo. Lo había escrito de un tirón, entre humo y vino. Era una denuncia directa contra el gobernador Dimas, a quien llamaba verdugo y ladrón. Cuando Esteban lo leyó, palideció.

—Esto es suicidio —dijo.

—Es verdad —respondió Ramiro.

—No necesitamos mártires, necesitamos lectores.

—La cobardía también se imprime en letra pequeña.

Justo intervino.

—Basta. No arriesgaremos el taller por una rabieta.

Ramiro lo miró con una mezcla de furia y desdén.

—Tú sigue contando papeles. Nosotros contamos muertos.

El golpe de la prensa resonó como un trueno. Tintero, paralizado, vio cómo la furia de Ramiro se disolvía lentamente en cansancio. Esteban rompió la hoja en dos. Nadie habló durante horas. Cuando el silencio se hizo insoportable, Ramiro salió del sótano. Al día siguiente no regresó.

Pasaron tres noches sin él. Esteban trabajaba sin descanso, Justo intentaba mantener el ritmo, y Tintero se ocupaba de los encargos menores. En la cuarta noche, el portón del taller se abrió. Ramiro bajó las escaleras con el rostro demacrado. En la mano traía un papel doblado.

—Léanlo —dijo.

Era una carta dirigida a su padre muerto. En ella hablaba del cansancio, de la pérdida de sentido, del miedo a que todo esfuerzo se volviera ceniza. Terminaba con una frase que hizo que Esteban alzara la vista con lágrimas discretas: *Seguimos imprimiendo porque el silencio es peor que la muerte.*

Nadie dijo nada. Esteban tomó la carta, la colocó en la prensa y asintió. Justo encendió la lámpara. Ramiro accionó la palanca. El ruido metálico llenó el sótano, devolviendo al aire una paz que no venía del entendimiento, sino del acto de seguir.

Aquella noche, *Renacimiento* salió con un texto sin firma. Era la carta de Ramiro, impresa tal cual. Al amanecer, los ejemplares circulaban ya en los cafés, en los mercados, en los portales. La gente los leía sin saber de quién provenían, pero en cada línea se reconocía una voz que hablaba desde el fondo de la tierra.

A partir de entonces, algo cambió entre los hermanos. Ramiro se volvió más sereno, Esteban más tolerante, Justo más silencioso. Tintero, que había visto el abismo y la reconciliación, sintió que había crecido años en una sola noche. Ya no era el aprendiz que limpiaba los tipos: era parte del fuego.

Una madrugada, mientras los tres dormían sobre las mesas, el muchacho se acercó a la prensa y pasó la mano por el metal frío. La máquina parecía descansar, pero en su quietud latía una promesa. Tintero comprendió que aquella familia no estaba unida por la sangre, sino por la obstinación. Eran hermanos de oficio, de causa, de palabra.

Encendió una lámpara y comenzó a escribir una nota breve. Hablaba de la noche, del miedo, de la fe en el trabajo. Cuando terminó, la dejó sobre la mesa. Ramiro la encontró al amanecer. La leyó en silencio y murmuró:

—Algún día escribirás mejor que todos nosotros.

Tintero no respondió. Siguió limpiando los tipos, como si nada hubiera ocurrido, pero por dentro algo se había encendido. En el brillo metálico del plomo, vio su reflejo distorsionado y entendió que ya no era un niño. Era una chispa más del fuego que los tres hermanos mantenían encendido en el sótano.

El invierno continuó con su rutina de humo y esperanza. Afuera, la ciudad seguía dormida bajo el peso de sus decretos; adentro, la imprenta latía con una obstinación que desafiaba al tiempo. En cada edición de *Renacimiento*, Tintero reconocía el pulso de los hombres que la hacían posible. Y cuando, al final de cada noche, apagaban la lámpara y el silencio los envolvía, sabía que la verdadera revolución no estaba en los titulares, sino en el simple acto de seguir imprimiendo.

CAPÍTULO 3

Teresa Valcárcel y el manifiesto del corazón

La segunda vez que Teresa cruzó la puerta de la papelería no trajo lista de compras ni excusas: trajo un modo distinto de respirar. El aire, que a esa hora olía a polvo, a sobres apilados y a goma de pegar, pareció ordenarse a su paso como si obedeciera a una disciplina íntima. Llevaba un vestido oscuro, un sombrero sin cintas, un cuaderno cosido con hilo y la mirada serena de quien conoce el precio de cada palabra. Ramiro la reconoció desde el mostrador y, sin preguntar, corrió el cerrojo. Esteban alzó la vista por encima de la lupa y dejó caer, con estudiada indiferencia, el lápiz azul. Justo, que fingía revisar un albarán de papel, calculó en silencio el riesgo de dejarla bajar. Tintero, desde el primer peldaño de la escalera, supo que aquel cuerpo traía consigo una noticia que no cabía en ningún formato.

Descendieron. Las lámparas, encendidas a media luz, devolvieron a Teresa ese brillo de metal pulido que tienen las cosas cuando están a punto de ser dichas. Tocó la espalda de la prensa con la palma abierta, como si reconociera a una vieja amiga. No preguntó cuándo ni cómo habían levantado aquel taller clandestino; no necesitaba la leyenda, solo la certeza del hierro vivo.

—Soy Teresa Valcárcel —dijo.

—Ramiro Flórez Melón —respondió él, inclinando apenas la cabeza.

Esteban se limitó a asentir. Justo guardó el albarán. Tintero dio un paso hacia adelante, venciendo una timidez que no sabía que poseía.

—Yo soy Tintero.

—Ya te vi salir con las manos manchadas —sonrió ella.

No hubo más presentación. Ramiro le cedió una mesa cercana a la lámpara menos caprichosa, Esteban acercó papel y un tintero nuevo, Justo dispuso un

vaso de agua. Teresa abrió su cuaderno con un gesto limpio. Su letra, cuando apareció, resultó clara y firme, sin florituras, con una inclinación apenas perceptible hacia la derecha, como si las frases fueran personas que avanzan con paso decidido. Empezó una crónica breve sobre la redada en el barrio de los curtidores: nombres, horas, direcciones, una descripción mínima del olor a cuero mojado que quedó en el aire después de que los rurales se marcharan con tres hombres y un adolescente.

—La palabra debe hacer justicia —dijo sin levantar la vista—. Si no alcanza para eso, es ruido.

Ramiro enarcó la ceja, tentado a discutir, pero contuvo la réplica. Esteban, detrás de la lupa, clavó una coma con precisión de cirujano y sonrió con esa sonrisa apenas insinuada que en él equivalía a una ovación. Justo fingió que no escuchaba para no tener que elegir bando. Tintero respiró más despacio, como si la frase le hubiera marcado un compás nuevo.

A partir de esa noche, la papelería comenzó a respirar con doble pulmón. Por la mañana seguían llegando maestras en busca de tiza, oficinistas que pedían sobres, soldados que compraban cuadernos con el sueldo de fin de mes. Por la noche, cuando el cerrojo se cerraba, la ciudad subía un grado y el sótano se convertía en sala de operaciones: Ramiro redactaba textos que olían a pólvora, Esteban limaba adjetivos como quien afila un cuchillo para cortar mejor, Justo defendía la economía de la empresa con la obstinación de un contable iluminado, y Teresa ponía sobre la mesa su prosa de latido y evidencia.

Ramiro quería titulares que hicieran ruido, nombres propios en negrita moral, verbos que no dejaran lugar a las dudas. Teresa pedía historias, respiraciones, una geografía mínima del dolor para que las cifras no fueran puro espanto. La fricción fue inevitable, y sin embargo de esa fricción salió la chispa que necesitaban.

—El país no entiende las insinuaciones —dijo Ramiro una madrugada—. Quiere escuchar “ladrón”, “asesino”, “cómplice”.

—El país quiere reconocerse —replicó Teresa—. Y para eso necesita espejo, no paredón.

—Los espejos son caros —gruñó Justo, sin levantar la vista del cuaderno.

Esteban intervino con voz baja:

—Nada convence tanto como la claridad. Y la claridad, a veces, necesita ternura.

Se hizo un silencio de acuerdo, de esos que no se proclaman. Esa noche salió *Renacimiento* con dos columnas distintas en la página central: a la derecha, el látigo de Ramiro; a la izquierda, la cura de Teresa. No estaban enfrentadas: se acompañaban como la inspiración y el aire.

La presencia de Teresa alteró también la coreografía del taller. A la hora del café, ella prefería agua. A la hora de la pausa, leía en voz alta textos de cartas extraviadas que recogía en los mercados. Llegaban hasta sus manos porque las vendedoras sabían encontrar a quien escucha sin hacer preguntas. Una

mañana vinieron dos mujeres con pañuelos en la cabeza. Traían una bolsa de tela y, dentro, una camisa azul con la inicial de un nombre. Quisieron hablar con “la señorita que escribe sin gritar”. Bajaron al sótano sin mirar a los lados, como se baja a una capilla.

—Se lo llevaron a las tres —dijo la mayor—. No era ladrón.

Teresa apuntó en silencio la hora, el color de la camisa, la cicatriz en la ceja, el olor a keroseno que los rurales dejaron en el patio.

—Quiero que quede escrito —añadió la otra—. Para que nadie un día diga que no pasó.

—Quedará —dijo Teresa.

El texto que redactó esa tarde tenía la estructura de un acta de fe. No prometía justicia, no prometía venganza; prometía memoria. Esteban, al corregirlo, cambió dos comas de sitio y movió un adjetivo como quien acomoda un crucifijo para que no caiga. Ramiro aceptó publicarlo sin su columna al lado.

—Hoy no grito —dijo—. Hoy escucho.

La convivencia de estilos no eliminó los choques. Hubo noches calientes. En una de ellas, Ramiro llegó con una lista de funcionarios y alcahuetes, larga como una procesión. Teresa pidió pruebas. No porque dudara de la corrupción, sino porque sabía que la palabra que miente se arruina a sí misma.

—La rabia tiene que ganarse el derecho a hablar —dijo—. Y lo gana con hechos.

—Tengo hechos —respondió Ramiro—. Lo que no tengo es tiempo.

—Entonces escribe menos —cerró ella, con una calma que a él le pareció insolencia.

Esteban, que había envejecido diez años en un mes, puso la hoja en cuarentena. Justo, sin levantar la vista, restó mentalmente las amenazas que llegarían si la publicaban y concluyó que la cuenta no salía. Ganó la prudencia. Aquella noche, *Renacimiento* salió sin lista, con una crónica extensa firmada por iniciales femeninas. Al amanecer, los ejemplares circulaban con un rumor nuevo: la ciudad reconocía en ese tono un modo de nombrar su dolor que no había encontrado antes.

La fuerza de Teresa no estaba en una supuesta dulzura —que no tenía—, sino en su precisión. Cuando escribía “una madre esperaba en la puerta con una vela”, uno veía la vela, el hollín en las paredes, el temblor del brazo. Esteban tendía a quitarle esas imágenes por considerarlas “ornamento”; Teresa le demostraba, con paciencia, que eran exactitud.

—No es adorno —le decía—. Es un dato. Sin esa vela no hay noche.

—Sin esa vela —concedía él— no hay noche, es verdad.

Con Ramiro, en cambio, discutía el tono de los verbos. Él amaba el presente: “roban”, “golpean”, “mienten”. Ella prefería el pretérito que deja marca y no exhibe el músculo.

—El presente grita —decía—. El pasado acusa.

—Y el futuro amenaza —cerraba Justo, que conocía los tres tiempos del peligro.

Los rumores crecieron. A la papelería llegaron flores con tarjetas sin firma, y también recados torpes que querían parecer advertencias. Ramiro se enfureció; Teresa los ordenó por tamaños y los dejó sobre una mesa como insectos clavados en un museo. En respuesta, escribió una columna titulada “El valor de firmar”, donde no pedía coraje épico sino decencia mínima: hacerse cargo de lo que se dice. No la firmó. Esteban quiso persuadirla de hacerlo; ella lo disuadió con un gesto triste: la cárcel tiene sus propias reglas.

Una tarde de lluvia, dos estudiantes aparecieron con un saco de pan que pesaba demasiado. Traían dentro libros mojados que habían salvado de una biblioteca obrera allanada por el gobierno. Los extendieron en el suelo, como náufragos. Teresa, de rodillas, los secó con trapos, uno por uno, nombrándolos en voz baja. Ramiro, con un respeto que le sorprendía de sí mismo, leyó títulos y autores. Esteban rescató un catecismo para que no ardiera una segunda vez. Justo cerró el cerrojo con dos vueltas. Tintero copió a mano los pasajes subrayados. Esa noche, Teresa escribió una breve elegía: agradecía a los libros quemados haber enseñado, aun muriendo, el valor de la permanencia. Esteban corrigió dos palabras; Ramiro quiso convertir la pieza en editorial; Justo dijo que no había papel. Ganó Teresa: se publicó como carta sin remitente. La ciudad lloró en silencio.

En el barrio, la figura de Teresa comenzó a ser brújula. Las mujeres la buscaban para traducir sus penas en oraciones que cupieran en una hoja. Los hombres la saludaban con una mezcla de miedo y reverencia. Los niños la seguían a distancia porque intuían que aquella señora sabía hacer aparecer las cosas nombrándolas. Ramiro, que para entonces ya reconocía el terreno donde su propia voz se volvía torpe, adoptó un respeto que se parecía mucho a la devoción. Esteban encontró en ella un rigor que no había visto en los poetas. Justo, que no desperdiciaba una metáfora ni cuando dormía, dijo una noche:

—Esta mujer escribe como si contara dinero de otro. Sin robarse una moneda.

Tintero guardó la frase para sí, convencido de haber asistido a una revelación.

La tormenta estalló cuando un diputado local, oportunista y astuto, plagió con torpeza una columna de Teresa sobre “los ausentes”. Cambió adjetivos, movió una frase, torció el final. El discurso circuló como propio y fue celebrado en el Congreso, entre aplausos y hurras de ocasión. Teresa propuso dejarlo pasar: las ideas importaban más que los nombres. Ramiro rugió; quería respuesta inmediata, con nombres y apellidos.

—Las ideas también tienen cuerpo —dijo—. Y el cuerpo tiene dueño.

—Lo sé —admitió ella—. Pero no perdamos lo que no nos pueden quitar.

Esteban, que conocía la aritmética de las derrotas, propuso una salida intermedia: publicar la columna original en *Renacimiento* con una nota sobria que dijera “Se reproduce por imprescindible”. Ganó Esteban. El diputado cayó

semanas después, no por justicia, sino por cálculo interno. Nadie recordó entonces la fuente robada. Teresa no celebró.

—Que caiga quien deba —dijo—. Nosotros a lo nuestro.

Lo suyo, en esos días, era el “Manifiesto del corazón”. Comenzó como una lista de nombres con fecha y hora de detención; creció como un jardín de testimonios; terminó siendo un cuerpo. Teresa lo escribió en noches de fiebre, con la lámpara baja y los oídos atentos a la calle. Ramiro, que al principio había desconfiado del título, acabó defendiéndolo con el fervor con que antes atacaba.

—Que lo llamen cursi —decía—. Prefiero un país cursi a un país cínico.

Esteban vigiló cada línea y dejó el texto con una respiración precisa, como si hubiera afinado un instrumento. Justo consiguió papel de un proveedor renuente, vendiendo por adelantado una parte de la tirada. Tintero, durante dos noches seguidas, entintó el rodillo con un pulso que por primera vez no tembló.

La víspera de la impresión, Teresa pidió leerlo completo en voz alta. Se sentaron donde siempre, con la prensa de espaldas como un animal grande que escucha. Afuera llovía. Adentro, cada frase caía con una gravedad que no pesaba: enumeraba ausencias, describía gestos mínimos, cerraba con una petición sin metáforas.

—No pedimos milagros —leyó—. Pedimos presencia: que los que se llevó la noche vuelvan a tener nombre en el día.

Nadie habló. Ramiro apagó el cigarrillo sin dar una última calada. Esteban guardó la lupa. Justo, que no lloraba ni en los entierros, parpadeó con brusquedad. Tintero, que ya no era niño, entendió que acababa de asistir a un acto fundacional.

A la madrugada imprimieron. El primer pliego salió con un brillo que parecía de aceite, pero era promesa. Ramiro sostuvo la hoja con cuidado, como quien toma un recién nacido.

—Que circule —dijo.

Teresa asintió sin solemnidad. Esteban ajustó el margen como se corrige una vela para que no cimbre. Justo amarró los paquetes. Tintero, en el umbral, escuchó la ciudad: no la de las marchas ni la de los decretos, sino la de los pasos discretos que buscan en la madrugada un papel que diga lo que nadie quiere oír en voz alta.

Antes de irse, Teresa se acercó a Ramiro. No lo miró como se mira a un hombre, sino como se mira a un aliado que, por fin, ha entendido la forma de la llama.

—No dejes de arder —dijo—. Solo aprende a alumbrar.

Ramiro no respondió con palabras. Esteban fingió ordenar tipos. Justo escribió en su cuaderno una cifra que no cerraba. Tintero se quedó un segundo más mirando la prensa, convencido de que aquella máquina respiraba al ritmo de esa frase. Y cuando subieron las escaleras, con los paquetes escondidos bajo

sacos de harina, la ciudad amanecía con una claridad más justa, como si el manifiesto ya hubiera hecho su trabajo incluso antes de ser leído.

CAPÍTULO 4

La hoja que faltaba

Fue un martes cuando descubrieron que faltaban doscientos ejemplares del "Manifiesto del corazón". O quizá fue un miércoles. La memoria de las catástrofes domésticas suele ser imprecisa, sobre todo cuando esas catástrofes involucran papel subversivo y el miedo a que la policía toque la puerta antes del desayuno.

Justo fue quien dio la voz de alarma. Llevaba tres días haciendo cuentas —actividad que ejercía con la devoción de un cardenal contando hostias— cuando notó que los números no cuadraban. Había impreso quinientos manifiestos. Habían distribuido doscientos. Quedaban, según sus anotaciones obsesivas, cien guardados en el sótano envueltos en papel de estraza. Pero al revisar los paquetes encontró exactamente cero. Ni uno solo. Como si se los hubiera tragado la tierra, o peor aún, como si alguien con acceso al sótano los hubiera sacado con premeditación y alevosía.

—Alguien se llevó los manifiestos —anunció con esa voz suya que parecía enunciar una sentencia de muerte sin alterarse.

Ramiro, que en ese momento fumaba recargado en la prensa como si la máquina fuera su mejor amigo, dejó caer el cigarrillo. Esteban, inclinado sobre una prueba de galeras, levantó la cabeza con la lentitud de quien sabe que lo que viene no será agradable. Teresa, sentada en un taburete con una taza de café frío en las manos, cerró los ojos y suspiró. Tintero, que estaba limpiando tipos con un trapo sucio, sintió que el aire del sótano se volvía más pesado, como si el techo amenazara con desplomarse.

—¿Estás seguro? —preguntó Ramiro, aunque la pregunta sobraba. Justo no era de los que daban alarmas falsas.

—Completamente —respondió Justo—. Los conté tres veces. No están.

—¿Y no pudiste haberlos guardado en otro sitio?

—No soy idiota, Ramiro. Los puse aquí, donde siempre, y alguien se los llevó.

Ramiro no dijo nada más. Se agachó, recogió el cigarrillo del suelo —todavía encendido— y le dio una calada larga, como si el tabaco pudiera resolver el problema. Esteban dejó la lupa sobre la mesa con un golpe seco que sonó a disgusto contenido.

—Habría que revisar quién ha entrado al sótano en los últimos días —dijo con esa calma suya que en realidad era furia vestida de buenos modales.

—Todos hemos entrado —respondió Teresa sin abrir los ojos—. Todos.

Y allí comenzó el desastre.

Porque cuando la confianza se quiebra en un grupo pequeño, lo que queda no es simplemente desconfianza: es una catedral de sospechas donde cada

gesto, cada palabra, cada mirada de reojo se convierte en evidencia. Ramiro miró a Esteban como si su hermano fuera un perfecto extraño. Esteban miró a Justo con el ceño fruncido. Justo miró a Teresa, y Teresa, que llevaba días durmiendo poco y soportando el peso del "Manifiesto del corazón" como si fuera una condena personal, no miró a nadie.

—No fue ninguno de nosotros —dijo al fin, con voz cansada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ramiro, y en su tono había algo peligroso, algo que Tintero no le había escuchado antes.

—Porque nos conozco —respondió ella, abriendo los ojos para mirarlo directamente—. Y porque si alguno de ustedes hubiera querido traicionarnos, ya lo habría hecho hace tiempo.

—La lógica es impecable —dijo Esteban con ironía—, pero no nos devuelve los manifiestos.

Pasaron dos días en los que el sótano dejó de ser un refugio para convertirse en una especie de tribunal sin juez. Cada quien trabajaba en silencio, pero era un silencio denso, grasoso, lleno de acusaciones no dichas. Ramiro hablaba poco y fumaba demasiado. Esteban revisaba las mismas pruebas una y otra vez, como si la gramática pudiera rescatarlo de la desconfianza. Justo hacía listas: listas de personas que habían visitado la papelería, listas de horas en que el sótano había quedado solo, listas de motivos por los cuales alguien podría haber robado los ejemplares. Teresa no hacía nada, solo permanecía sentada en su rincón con el café frío y una expresión que oscilaba entre la tristeza y la indignación.

Tintero, por su parte, se volvió invisible. Aprendió a moverse sin hacer ruido, a limpiar tipos sin levantar la vista, a existir como una sombra que nadie notaba. Pero mientras hacía todo eso, observaba. Y lo que observaba no le gustaba.

Fue Ramiro quien por fin explotó. Sucedió al tercer día, cuando Esteban sugirió con su habitual mesura que quizá habría que "revisar quién tenía motivos para desear que el manifiesto no circulara". La frase era diplomática, casi elegante, pero implicaba traición, y Ramiro no toleraba las traiciones elegantes.

—¿Me estás acusando a mí? —preguntó con la voz tensa, los puños cerrados.

—No te estoy acusando a nadie —respondió Esteban—. Solo digo que alguien se llevó esos papeles y no fue el Espíritu Santo.

—Pues a lo mejor sí fue el Espíritu Santo —intervino Justo con sarcasmo—, porque aquí todos somos unos santos, ¿no? Unos mártires incapaces de cometer errores.

—Nadie dijo que fuera un error —murmuró Teresa desde su rincón—. Fue un robo. O una entrega.

El silencio que siguió a esas palabras fue como un disparo. Ramiro se volvió hacia ella con los ojos encendidos.

—¿Y ahora también yo soy sospechoso?

—No dije tu nombre —respondió Teresa con cansancio—. Pero si te queda el saco, puedes ponértelo.

Por un momento, Tintero creyó que Ramiro iba a pegarle. No lo hizo, pero su rostro se torció en una mueca que era mitad furia, mitad dolor. Salió del sótano dando un portazo que hizo temblar las lámparas. Esteban suspiró, Justo cerró su cuaderno de listas, y Teresa se quedó mirando la pared como si allí estuviera escrito el final de todo.

—Esto no puede seguir así —dijo Esteban al cabo de un rato.

—Lo sé —respondió Justo.

—¿Y qué propones? —preguntó Teresa sin dejar de mirar la pared.

—Que imprimamos de nuevo —dijo Justo—. Y que dejemos de buscar culpables. Si alguien nos traicionó, ya está hecho. Si fue un error, ya pasó. Seguir dándole vueltas solo nos va a destruir.

Esteban asintió lentamente, como si esa solución fuera la única posible aunque nadie la quisiera. Teresa tampoco dijo nada, pero su silencio era un sí cansado, un sí sin entusiasmo. Tintero, desde su rincón, sintió un alivio extraño. No porque el problema se hubiera resuelto —no se había resuelto—, sino porque al menos ya no iban a seguir desangrándose.

Ramiro volvió al día siguiente. No se disculpó, pero tampoco siguió acusando. Simplemente se puso a trabajar, y los demás hicieron lo mismo. Imprimieron de nuevo. Esta vez solo cien ejemplares, porque el papel escaseaba y la confianza también. Esteban revisó las galeradas con su habitual meticulosidad. Justo hizo las cuentas. Teresa escribió una nota breve que debía acompañar la nueva tirada. Ramiro entintó el rodillo con una furia contenida que parecía mover la prensa más rápido de lo normal.

Cuando el primer pliego salió, Ramiro lo sostuvo en alto y leyó en voz alta la portada. Una sola palabra la cubría, enorme, desafiante: Seguimos.

—Esa fue mi idea —dijo Teresa con una sonrisa triste.

—Está bien —admitió Ramiro, y por primera vez en días su voz no sonaba hostil.

Esteban ajustó el margen con un gesto casi imperceptible, pero Tintero lo notó: era su manera de decir que estaba de acuerdo. Justo anotó algo en su cuaderno y luego lo cerró con un golpe seco que sonó a punto final.

Aquella noche, mientras subían los paquetes de manifiestos envueltos en papel de estraza, Tintero se quedó un momento más en el sótano. Miró la prensa, las cajas de tipos, las lámparas de queroseno que proyectaban sombras largas en las paredes. Y comprendió que la traición —si la había habido— no venía de afuera. Venía del miedo. Del miedo a que todo aquello no sirviera para nada, del miedo a estar solos, del miedo a que el fuego que habían encendido se apagara antes de alumbrar algo real.

Pero también comprendió otra cosa: que mientras siguieran imprimiendo, mientras siguieran diciendo Seguimos, el fuego no se apagaría. Quizá no conquistarían palacios ni derribarían dictadores. Pero seguirían ardiendo,

aunque fuera en un sótano húmedo donde nadie confiaba en nadie y donde cada palabra impresa era un acto de fe desesperada.

Subió las escaleras despacio, con los dedos manchados de tinta y el corazón lleno de algo que no sabía nombrar. Arriba, la ciudad dormía sobre sus propios murmullos. Pero abajo, en el sótano, la prensa respiraba con el ritmo de una bestia que no se rinde. Y eso, pensó Tintero, tendría que bastar.

CAPÍTULO 5

El delegado de la loción barata

Llegó un jueves por la tarde, cuando el calor convertía la papelería en un horno de promesas incumplidas y el polvo flotaba con la parsimonia de quien sabe que nadie lo va a barrer. Ramiro atendía el mostrador con el entusiasmo de un condenado a cadena perpetua cuando la puerta se abrió y entró un hombre que olía a loción barata y a ambiciones desmedidas. Vestía traje gris con manchas de sudor bajo las axilas, llevaba un bigote encerado que parecía haber sido peinado con cera de vela, y traía bajo el brazo un portafolio de cuero sintético que hacía ruidos sospechosos al moverse, como si dentro guardara no documentos sino latas vacías.

—Busco al camarada Flórez Melón —dijo con voz de tenor venido a menos.

—Hay tres —respondió Ramiro sin levantar la vista del libro de cuentas que fingía revisar—. ¿Cuál quiere?

—Al que manda.

—Aquí no manda nadie. Somos una cooperativa.

El hombre sonrió con esa clase de sonrisa que usan los que creen saber más de lo que saben.

—Entonces busco al que manda en la cooperativa.

Ramiro suspiró, cerró el libro de cuentas y lo miró con la resignación de quien sabe que el día acaba de complicarse.

—Soy yo. ¿Qué se le ofrece?

El hombre extendió la mano con solemnidad, como si estuviera entregando una condecoración.

—Comandante Nabor Pantoja, delegado regional del Partido Libertario del Pueblo, sección de propaganda ideológica y distribución de manifiestos revolucionarios. Vengo en misión oficial.

Ramiro le estrechó la mano con desgana. La mano del tal Nabor Pantoja era blanda y sudorosa, del tipo de manos que nunca han sostenido una pala ni un martillo, y probablemente tampoco un libro.

—¿Misión oficial de qué?

—De reorganizar la revolución, camarada. Porque está claro que ustedes hacen lo que pueden, pero la revolución necesita método, disciplina, estructura. Y sobre todo, necesita coordinación con el partido.

—No sabía que teníamos partido —dijo Ramiro con ironía.

—Pues ya lo tienen. Y yo soy su enlace.

Esa misma noche, en el sótano, Ramiro le contó al resto lo sucedido. Esteban frunció el ceño con desconfianza. Justo preguntó si el tal comandante traía credenciales. Teresa, que había llegado tarde porque el tranvía se había descompuesto, escuchó en silencio y luego dijo:

—¿Y ese Partido Libertario del Pueblo existe o se lo inventó él?

—Existe —respondió Ramiro—, pero es tan pequeño que cabe en una cantina. Lo fundaron tres abogados borrachos y un poeta que nunca publicó nada. Su programa político consiste en estar en contra de todo y a favor de nada.

—Perfecto —murmuró Esteban—. Justo lo que necesitábamos.

—¿Y qué quiere de nosotros? —preguntó Justo con su pragmatismo habitual.

—Dijo que quiere coordinar esfuerzos. Que tenemos que unificar la lucha. Que la revolución dispersa no sirve de nada.

—La revolución unificada tampoco ha servido de mucho —dijo Teresa con una sonrisa amarga.

—¿Y le dijiste que sí? —preguntó Esteban.

—Le dije que lo iba a pensar.

—Pues piénsalo rápido —dijo Justo—, porque tipos como ese no se van solos. Hay que echarlos.

No lo echaron. Fue un error, pero de esos errores inevitables que uno comete por cortesía, por curiosidad, o simplemente porque el destino tiene sentido del humor. Al día siguiente, el comandante Nabor Pantoja —o Comandante Panfleto, como lo bautizó Tintero en secreto— volvió a la papelería con una maleta más grande y una sonrisa más ancha. Dijo que venía a instalarse unos días para conocer mejor la operación. Ramiro, que no tuvo corazón para negarse, lo dejó pasar. Esteban puso los ojos en blanco. Justo hizo cuentas mentales de cuánto les iba a costar alimentar a ese hombre. Teresa no dijo nada, pero su silencio era elocuente.

El Comandante Panfleto resultó ser un prodigio de inutilidad organizada. Durante el primer día inspeccionó el sótano con aire de general revisando trincheras, tomó notas en una libreta que nunca volvió a abrir, y sugirió que la prensa debería estar orientada hacia el este porque así la energía revolucionaria fluía mejor. Ramiro lo ignoró. Esteban fingió no escucharlo. Justo le preguntó si también tenía opiniones sobre la gramática, y el comandante respondió que la gramática era un invento burgués.

Durante el segundo día se dedicó a redactar lo que llamó un Proyecto de Reorganización Estratégica de la Lucha Impresa. El documento ocupaba cinco páginas escritas con letra grande y muchos puntos suspensivos. Ramiro lo leyó por cortesía y descubrió que no decía nada. Esteban lo leyó por obligación y confirmó que efectivamente no decía nada. Teresa lo leyó por morbosidad y concluyó que era peor que no decir nada: decía tonterías con aire de profundidad.

—Propone que imprimamos un periódico semanal de dieciséis páginas —dijo Ramiro durante la reunión nocturna—. Con secciones de política internacional, análisis económico, crítica literaria y horóscopos revolucionarios.

—¿Horóscopos revolucionarios? —preguntó Esteban incrédulo.

—Eso dice. Para que las masas se sientan interpeladas.

—Las masas no leen horóscopos —dijo Justo—. Leen lo que pueden, y cuando pueden.

—Él dice que hay que educar a las masas.

—¿Y con qué papel vamos a imprimir dieciséis páginas? —preguntó Justo—. ¿Con su proyecto?

El tercer día el comandante comenzó a apropiarse de cosas. Primero fue un paquete de cigarrillos que Ramiro había dejado sobre la mesa. Luego una hogaza de pan que Justo había comprado para la cena. Después un ejemplar del diccionario de Esteban, que según el comandante necesitaba consultar para un artículo urgente sobre la dialéctica del sufrimiento proletario. El artículo nunca apareció, pero el diccionario tampoco fue devuelto.

—Este hombre es un parásito —dijo Esteban con la voz tensa.

—Es peor que un parásito —dijo Justo—. Es un parásito que da consejos.

Teresa, que hasta ese momento se había mantenido al margen, intervino con una calma peligrosa:

—¿Y cuánto tiempo más vamos a tolerarlo?

—Hasta que se vaya solo —respondió Ramiro.

—No se va a ir solo —dijo Justo—. Hay que echarlo.

—¿Y cómo lo echamos sin quedar mal con el partido?

—Ramiro —dijo Teresa con paciencia—, el partido no existe. Y si existe, no nos necesita. Y si nos necesita, que mande a alguien que no robe pan.

El cuarto día el comandante anunció que tenía que viajar a la capital para asistir a una reunión urgente del comité central. Pidió dinero prestado para el boleto del tren. Ramiro, en un arranque de generosidad suicida, se lo dio. El comandante prometió devolverlo en una semana. También prometió traer papel, tinta y contactos importantes. Desapareció esa misma tarde sin despedirse, llevándose además el portafolio de cuero sintético, tres resmas de papel que estaban guardadas en el sótano, y una botella de mezcal que Justo reservaba para ocasiones especiales.

—Se llevó el mezcal —dijo Justo con una mezcla de indignación y asombro.

—Y el papel —añadió Esteban.

—Y nuestra dignidad —murmuró Teresa.

Ramiro no dijo nada. Se sentó frente a la prensa, encendió un cigarrillo y miró el techo como si allí estuviera escrita la explicación de por qué la revolución atraía a tantos sinvergüenzas. Tintero, desde su rincón, observó la escena con una claridad incómoda: acababa de presenciar el lado grotesco de la causa. Porque toda causa noble, todo ideal elevado, todo movimiento que promete

cambiar el mundo, tarde o temprano atrae a hombres como el Comandante Panfleto. Hombres que huelen la oportunidad como los buitres huelen la carroña. Hombres que hablan de sacrificio pero nunca sacrifican nada. Hombres que visten la revolución como un disfraz para robar cigarrillos y mezcal.

Esa noche no imprimieron nada. Se quedaron sentados en el sótano, en silencio, como si el aire se hubiera vuelto más pesado. Fue Teresa quien finalmente rompió el silencio.

—Hay que escribir algo sobre esto.

—¿Sobre qué? —preguntó Ramiro sin ganas.

—Sobre los farsantes. Sobre los que se cuelgan de las causas ajenas para llenarse los bolsillos. Sobre la diferencia entre un revolucionario y un oportunista.

—¿Y eso le importa a alguien? —preguntó Justo con escepticismo.

—Debería —respondió Teresa—. Porque si no aprendemos a distinguir, vamos a terminar trabajando para tipos como ese.

Ramiro la miró con algo parecido al respeto. Luego asintió despacio, como si la idea fuera tomando forma en su cabeza.

—Tienes razón. Hay que escribirlo.

Y lo escribió. Le tomó dos noches y una botella de café frío, pero al final salió un editorial que tituló La revolución sin perfume y sin permiso. En él explicaba, con su estilo directo y sin adornos, que la revolución verdadera no necesitaba delegados con bigotes encerados ni comités centrales que nadie había elegido. Que la lucha se hacía con las manos sucias y el estómago vacío, no con discursos grandilocuentes y proyectos de reorganización que no reorganizaban nada. Que el enemigo no solo estaba afuera, en los palacios y los cuarteles, sino también adentro, en la forma de farsantes que usaban la palabra revolución como otros usan una llave falsa.

Esteban revisó el texto y lo encontró impecable. Justo hizo números y concluyó que valía la pena gastar papel en eso. Teresa añadió una posdata breve que decía: Los revolucionarios verdaderos no piden prestado. Dan. Y cuando no tienen nada que dar, callan.

Imprimieron quinientos ejemplares. Los distribuyeron en cafés, universidades y mercados. La respuesta fue inmediata. Algunos dijeron que era un ataque injusto. Otros dijeron que era necesario. Unos cuantos se sintieron aludidos y dejaron de hablarles. Pero la mayoría, la inmensa mayoría de gente que trabajaba en silencio, sin esperar reconocimiento ni pedirlo, entendió el mensaje. Y lo agradeció.

El Comandante Panfleto nunca volvió. Dicen que terminó vendiendo seguros de vida en la capital. Dicen que una vez intentó fundar otro partido, pero nadie lo siguió. Dicen que murió viejo y olvidado, sin haber hecho nada memorable salvo robar una botella de mezcal y tres resmas de papel.

Pero su paso por el sótano dejó una lección que Tintero nunca olvidó: que la revolución verdadera no huele a loción barata ni promete lo que no puede cumplir. Que la dignidad se gana con trabajo callado, no con proyectos rimbombantes. Y que a veces, el acto más revolucionario es cerrar la puerta en las narices de quien viene a venderte una revolución empaquetada.

Cuando el aire del sótano se purificó —porque el olor a loción barata tardó días en desaparecer—, volvieron al trabajo con una certeza nueva. Ya no eran un grupo ingenuo que creía en todos. Eran un grupo curtido que sabía distinguir. Y eso, en tiempos de confusión y oportunismo, valía más que todas las credenciales del mundo.

CAPÍTULO 6

Don Teobaldo y la herencia del plomo

Don Teobaldo Flórez vivía en un cuarto al fondo de la casa, separado del mundo por una puerta que crujía como conciencia culpable y por un olor a libros viejos mezclado con tabaco de pipa. Tenía ochenta años mal contados, una barba gris que parecía haber sido peinada por el viento, y una colección de recuerdos que cabían, literalmente, en una caja de zapatos marca La Elegancia. Esa caja, guardada bajo la cama como si fuera un tesoro o una vergüenza, contenía lo que don Teobaldo llamaba su archivo histórico: cartas amarillentas, recortes de periódicos que se deshacían al tocarlos, fotografías borrosas de hombres armados que miraban a la cámara con la seriedad de quien va al matadero, y un puñado de medallas oxidadas que alguna vez brillaron pero que ahora solo servían para recordar que las guerras se olvidan más rápido que las deudas.

Tintero lo conoció una tarde de domingo, cuando Ramiro le pidió que subiera al viejo una taza de café. Don Teobaldo estaba sentado en su sillón de mimbre desvencijado, con una pipa apagada entre los labios y un libro abierto sobre las rodillas. El libro era una edición destartalada de Los miserables, en francés, que el viejo no leía sino que acariciaba como se acaricia a un perro fiel.

—¿Tú eres el muchacho de la imprenta? —preguntó sin levantar la vista.

—Sí, señor.

—¿Y cómo te llaman?

—Tintero.

—Mal nombre. Suena a apodo de borracho.

—Es el único que tengo.

Don Teobaldo levantó la vista entonces y lo miró con unos ojos que parecían haber visto demasiado y al mismo tiempo nada importante.

—Pues cuídalo. Los nombres, aunque sean malos, son lo único que nos queda cuando todo lo demás se pierde.

Tintero dejó la taza de café en la mesita llena de manchas circulares y se dispuso a salir, pero el viejo lo detuvo con un gesto.

—Espera. Siéntate.

—Tengo que volver al sótano, don Teobaldo. Están imprimiendo.

—Que impriman sin ti. Cinco minutos no van a arruinar la revolución.

Tintero obedeció, aunque con la incomodidad de quien no sabe qué hacer con las manos cuando está sentado frente a un desconocido. Don Teobaldo cerró el libro, lo dejó sobre la mesita con cuidado, como si fuera una reliquia, y encendió la pipa con una parsimonia que parecía deliberada.

—¿Sabes quién soy? —preguntó después de dar la primera calada.

—El papá de los hermanos Flórez.

—Eso es lo que soy ahora. Pero antes fui otras cosas. Fui soldado, fui conspirador, fui preso, fui exiliado. También fui impresor, como ustedes. Y como ustedes, creí que la tinta era más duradera que la pólvora.

—¿Y lo es?

Don Teobaldo sonrió con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Depende. La pólvora mata rápido y se olvida rápido. La tinta mata despacio y se recuerda despacio. ¿Cuál prefieres?

Tintero no supo qué responder. Don Teobaldo no esperaba respuesta, de todos modos. Siguió fumando en silencio durante un rato, mirando el techo como si allí estuviera proyectada una película que solo él podía ver.

—Mi generación perdió todas las guerras —dijo al fin—. Peleamos contra el imperio, contra los conservadores, contra los liberales, contra nosotros mismos. Y perdimos. Pero antes de perder, imprimimos. Manifiestos, proclamas, periódicos clandestinos. Algunos duraron una semana, otros un día. Uno que yo hice duró solo una edición. Lo confiscaron antes de que llegara a las calles. Pero yo me quedé con un ejemplar. Lo guardé como se guarda un hijo muerto.

—¿Lo tiene todavía?

—Está en la caja.

Señaló con la pipa hacia abajo de la cama. Tintero miró hacia allá con curiosidad, pero no se atrevió a preguntar más. Don Teobaldo se levantó entonces con dificultad, apoyándose en el brazo del sillón, y se arrodilló despacio, como si cada movimiento le costara un año de vida. Sacó la caja de zapatos y la puso sobre la mesita. La abrió con una solemnidad que Tintero no había visto ni en las misas.

Adentro había un desorden cuidadoso: papeles doblados en cuatro, fotografías superpuestas, una medalla con un listón descolorido, un cartucho de bala vacío. Don Teobaldo revolvió con los dedos temblorosos hasta encontrar lo que buscaba: un periódico amarillento, quebradizo, que olía a humedad y a tiempo perdido. Lo extendió sobre la mesa con la delicadeza de quien maneja una hostia.

—Se llamaba El Ciudadano Armado —dijo—. Lo imprimimos en el sótano de una iglesia abandonada, en el año setenta y dos. Éramos cinco. Dos murieron

fusilados, uno se volvió loco, otro se hizo rico vendiendo armas al gobierno que queríamos derrocar. Y yo terminé aquí, en este cuarto, fumando pipa y leyendo novelas francesas que ya no entiendo.

Tintero miró el periódico con una reverencia instintiva. Las letras estaban borrosas, la tinta se había corrido en algunas partes, pero aún se podía leer el título y el encabezado: Contra la tiranía no hay tregua. Solo victoria o muerte.

—Es un buen lema —dijo Tintero.

—Es un lema estúpido —respondió don Teobaldo—. Porque casi siempre hay muerte y nunca hay victoria. Pero en ese momento nos parecía lo correcto. Teníamos veinte años y creíamos que las palabras podían mover ejércitos.

—¿Y no pueden?

—A veces sí. Pero más a menudo solo mueven conciencias. Y las conciencias son lentas, muchachito. Tan lentas que uno muere antes de ver el resultado.

Guardó el periódico de nuevo en la caja con cuidado, como quien guarda una carta de amor que ya no tiene destinatario. Luego cerró la tapa y empujó la caja bajo la cama con el pie.

—¿Sabes por qué te conté esto? —preguntó mientras volvía a sentarse en el sillón.

—No, señor.

—Porque vas a necesitarlo. Tarde o temprano, todos los que imprimen palabras peligrosas necesitan saber que no son los primeros. Que antes de ustedes hubo otros. Y que después de ustedes habrá más. Eso es lo único que nos consuela cuando perdemos: saber que la derrota no es definitiva, que alguien más va a recoger el plomo y va a volver a fundir las letras.

Tintero asintió sin saber muy bien qué decir. Don Teobaldo volvió a encender la pipa, que se había apagado, y le hizo un gesto para que se fuera.

—Anda. Vuelve al sótano. Y dile a Ramiro que no sea tan terco. La terquedad es buena para imprimir, pero mala para vivir.

Tintero bajó las escaleras con la sensación de haber entrado a un lugar sagrado, aunque no hubiera visto ningún altar ni escuchado ninguna oración. Durante los días siguientes, cada vez que pasaba frente al cuarto de don Teobaldo, se detenía un segundo, como si esperara que el viejo lo llamara de nuevo. Pero la puerta siempre estaba cerrada, y del otro lado solo se oía el crujido del sillón de mimbre y el sonido de páginas que se pasaban despacio.

Fue una tarde, dos semanas después, cuando don Teobaldo bajó al sótano. Era la primera vez que lo hacía en años. Bajó las escaleras despacio, apoyándose en la pared, y cuando llegó al último escalón se quedó parado en el umbral, mirando la prensa con una expresión que era mitad nostalgia, mitad horror.

—Sigue oliendo igual —dijo.

Ramiro, que estaba revisando una prueba, levantó la vista sorprendido.

—¿Qué haces aquí, papá?

—Vine a ver si todavía saben lo que hacen.

Esteban dejó la lupa sobre la mesa. Justo cerró el libro de cuentas. Teresa, que había llegado hacía unos minutos, observó al viejo con curiosidad. Don Teobaldo se acercó a la prensa, pasó la mano sobre el metal frío con la delicadeza de quien acaricia una tumba, y luego se volvió hacia sus hijos.

—Está bien —dijo—. Siguen manchándose. Eso es lo importante.

—¿Mancharse? —preguntó Esteban.

—Con tinta, con plomo, con la mugre del trabajo. Porque todo ideal que no se mancha es un ideal muerto. Los que quieren hacer revoluciones limpias terminan haciendo monumentos. Ustedes, por lo menos, están sucios.

Ramiro sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero Tintero la vio. Esteban asintió con esa aprobación silenciosa que usaba cuando no quería admitir que algo lo había conmovido. Justo dijo:

—Viniste a darnos un sermón, ¿verdad?

—Vine a recordarles que esto no es nuevo. Que su abuelo también imprimía, y que el padre de su abuelo antes que él. Que la rebeldía es una herencia, como la calvicie o la mala vista. Y que ustedes la recibieron igual que yo la recibí: sin pedirla, pero sin poder rechazarla.

—¿Y tú qué hiciste con ella? —preguntó Ramiro.

—La misma tontería que ustedes. Creí que podía cambiar el mundo imprimiendo palabras. No lo cambié. Pero las palabras siguen aquí, en esa caja de zapatos que está bajo mi cama. Y eso es más de lo que tienen la mayoría.

Teresa, que había estado escuchando en silencio, habló por primera vez.

—¿Y valió la pena?

Don Teobaldo la miró con esos ojos cansados que parecían haber visto el final de todas las historias.

—No lo sé —respondió—. Pero sí sé que hubiera valido menos no haberlo intentado.

Subió las escaleras con la misma lentitud con que había bajado. En el último escalón se detuvo, se volvió un segundo y dijo:

—Y otra cosa. La dignidad no se hereda. Se escribe a mano.

Luego desapareció en la penumbra de la casa. Esa noche, mientras imprimían, Tintero pensó en don Teobaldo y en su caja de zapatos. Pensó en los hombres de las fotografías borrosas, en los periódicos que duraron un día, en las guerras perdidas que nadie recordaba. Y entendió algo que antes no había entendido: que la revolución no era un evento único, glorioso, definitivo. Era una cadena. Una cadena hecha de manos manchadas de tinta, de imprentas clandestinas, de palabras que se imprimían y se perdían y volvían a imprimirse. Y que él, con sus dedos de aprendiz, era un eslabón más en esa cadena.

Ramiro, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo en voz alta:

—El viejo tiene razón. Esto no lo inventamos nosotros. Y no va a terminar con nosotros.

—Ojalá —dijo Esteban.

—No es cuestión de ojalá —respondió Ramiro—. Es cuestión de seguir manchándose.

Y siguieron. Porque esa era la herencia del plomo: no la gloria, no el reconocimiento, sino la obstinación de seguir imprimiendo aunque nadie leyera, aunque todo se perdiera, aunque al final solo quedara una caja de zapatos bajo una cama y un viejo fumando pipa en un cuarto olvidado. Esa era la lección que don Teobaldo les había dado sin dársela, la lección que Tintero aprendió sin querer aprenderla: que la dignidad se escribe a mano, con tinta que nunca se seca del todo.

CAPÍTULO 7

El exilio del norte

La redada llegó un martes a las cuatro de la madrugada, que es la hora preferida de las autoridades para recordarle a uno que la libertad es un privilegio revocable. Tintero despertó con el estruendo de puertas que se abrían a patadas y voces que gritaban órdenes contradictorias. Desde su jergón en el sótano alcanzó a ver las botas, primero, y luego las caras de hombres uniformados que olían a miedo disfrazado de autoridad. Ramiro intentó defender la prensa como quien defiende a un hijo, pero lo tumbaron de un culatazo. Esteban levantó las manos con esa resignación de quien sabe que resistir es inútil. Justo alcanzó a esconder el libro de cuentas bajo una tabla suelta antes de que lo arrastraran escaleras arriba.

A Tintero lo dejaron ir porque era menor de edad y porque el sargento a cargo consideró que un muchacho con las manos manchadas de tinta no representaba peligro para la nación. Fue un error del sargento, pero un error afortunado. Cuando los hermanos Flórez salieron esposados rumbo a la comisaría, Tintero se quedó solo en el sótano devastado. La prensa había sido destrozada con saña, como si la máquina tuviera la culpa de las palabras que imprimía. Los tipos móviles estaban regados por el suelo, mezclados con tinta derramada y papeles rotos. El aire olía a derrota.

Teresa llegó al amanecer. Traía el rostro demacrado y los ojos de quien ha llorado sin querer admitirlo. Se sentó en el suelo del sótano, entre los escombros de la imprenta, y dijo con voz ronca:

—Hay que salir del país.

—¿Adónde? —preguntó Tintero.

—Al norte. San Luis del Norte. Allá tengo un primo que nos puede ayudar.

—¿Y los hermanos?

—Estarán presos una semana, quizá dos. Para cuando salgan, nosotros ya estaremos lejos. Y con suerte, habremos conseguido otra prensa.

No era un plan, era una esperanza disfrazada de plan. Pero era lo único que tenían. Durante tres días trabajaron en secreto, desmantelando lo que quedaba de la imprenta y guardando las piezas en costales de yute. Los tipos móviles, las cajas de composición, los rodillos, todo lo que pudieron salvar fue envuelto en trapos y amarrado con cuerdas. Parecían contrabandistas de chatarra, pero en realidad eran contrabandistas de futuro.

Cuando los hermanos Flórez salieron de la comisaría —golpeados, exhaustos, pero enteros—, Tintero y Teresa ya tenían los costales listos y los boletos del tren comprados. No hubo tiempo para despedidas ni para sentimentalismos. Ramiro miró el sótano vacío, apretó los puños y dijo:

—Nos vemos en San Luis.

Esteban asintió sin palabras. Justo revisó que no quedara nada comprometedor y luego cerró la puerta con llave, como si eso sirviera de algo. Esa misma noche subieron al tren de carga con sus costales a cuestas, mezclados entre campesinos que huían del hambre y comerciantes que huían de impuestos. Nadie hizo preguntas. En tiempos difíciles, todo el mundo tiene algo que ocultar.

El viaje duró cuatro días que parecieron cuatro años. Durmieron en vagones que olían a ganado y a orines, comieron lo que pudieron comprar en las estaciones —tortillas duras, frijoles fríos, café aguado—, y soportaron el calor del día y el frío de la noche con la resignación de quien sabe que quejarse no sirve de nada. Tintero, que nunca había salido de la ciudad, descubrió que el país era más grande y más vacío de lo que imaginaba. Kilómetros de desierto donde no crecía nada, pueblos fantasmas abandonados a su suerte, montañas que se levantaban como murallas contra el cielo. Y en medio de todo eso, el tren avanzaba con un traqueteo hipnótico que parecía decir: sigues vivo, sigues vivo, sigues vivo.

San Luis del Norte resultó ser un pueblo polvoriento donde el viento soplaba con rencor y las casas parecían estar hechas de barro seco y esperanzas rotas. El primo de Teresa era un hombre callado que los recibió sin entusiasmo pero sin negarse. Les ofreció un cuarto en la parte trasera de su tienda, un espacio estrecho donde apenas cabían los costales y ellos mismos. No había prensa, no había papel, no había nada. Solo cuatro paredes y un techo que dejaba pasar el sol como si fuera un colador.

—Aquí nadie lee —dijo el primo—. Y los que leen, no quieren problemas.

—Entonces tendremos que convencerlos —respondió Ramiro.

El primo se encogió de hombros y volvió a su tienda. Teresa lo siguió para agradecerle, pero Ramiro se quedó mirando los costales con una expresión que oscilaba entre la determinación y la desesperación. Esteban comenzó a desempacar los tipos móviles con cuidado, como si cada letra fuera una reliquia. Justo hizo cuentas mentales de cuánto dinero les quedaba y llegó a la conclusión de que no era suficiente ni para una semana.

—Vamos a tener que trabajar —dijo.

—¿En qué? —preguntó Tintero.

—En lo que sea. Aquí no somos revolucionarios. Somos refugiados.

Y así fue. Durante el día trabajaban donde podían: Ramiro cargando costales en el mercado, Esteban dando clases de lectura a niños que no querían aprender, Justo llevando cuentas para comerciantes que apenas sabían sumar. Tintero hacía de todo: barría tiendas, acarreaba agua, repartía pan. Por las noches, cuando el cansancio los tumbaba como un mazo, intentaban reconstruir la imprenta. Pero sin prensa, sin papel, sin tinta, lo único que podían hacer era ordenar tipos y soñar con volver a imprimir.

El hambre llegó en la tercera semana. No el hambre dramática de las novelas, sino el hambre real, la que te hace contar las tortillas y repartir los frijoles como si fueran oro. Tintero adelgazó tanto que las costillas se le marcaban bajo la camisa. Ramiro perdió el brillo de los ojos y se volvió taciturno. Esteban dejó de revisar las galeradas imaginarias y se dedicó a mirar el techo. Justo seguía haciendo cuentas, pero las cuentas siempre daban negativo.

Teresa fue la que no se rindió. Consiguió papel robándolo de la escuela donde daba clases de costura. Consiguió tinta improvisando una mezcla de hollín, aceite y vinagre que olía mal pero funcionaba. Y consiguió una prensa, o algo parecido: un rodillo viejo que alguien había usado para estampar telas y que con algo de ingenio podía servir para imprimir palabras.

—No es gran cosa —dijo mostrándoles el armatoste oxidado—, pero es lo que tenemos.

Ramiro la miró como si acabara de ver un milagro. Esteban se levantó del jergón y examinó el rodillo con ojo crítico. Justo hizo números y concluyó que era factible. Tintero sintió que algo se despertaba en su pecho, algo parecido a la esperanza pero más terco.

Imprimieron su primer panfleto en el exilio un mes después de llegar. Era una hoja sencilla, mal impresa, llena de manchas y errores, pero era una hoja. Decía cosas simples, casi obvias: que la justicia no se negocia, que la libertad no se mendiga, que la palabra resiste aunque todo lo demás caiga. Lo distribuyeron en el mercado, en la plaza, en las cantinas. Algunos lo leyeron, otros lo ignoraron. Pero hubo uno, solo uno, que se acercó a Ramiro y le dijo:

—Yo quiero ayudar.

Se llamaba Froilán y era herrero. No sabía escribir, pero sabía soldar. Con sus manos construyeron una prensa improvisada que era un monstruo de fierros mal soldados y tornillos oxidados, pero que funcionaba. Y con esa prensa, en ese pueblo polvoriento del norte, siguieron imprimiendo.

El exilio se volvió rutina. Los días se parecían unos a otros: trabajo, hambre, impresión, esperanza. Tintero, que había llegado como aprendiz, se hizo hombre en ese desierto. Aprendió a soldar, a robar papel sin que lo cacharan, a distribuir panfletos como quien reparte veneno. Aprendió también que el exilio no es un lugar, sino un estado: el estado de estar lejos de donde uno quiere estar, de hacer lo que puede en lugar de lo que debe, de resistir porque rendirse es peor.

Teresa escribió durante esos meses algunos de sus mejores textos. Cortos, directos, sin adornos. Como si el desierto le hubiera quitado todo lo superfluo y dejado solo lo esencial. Ramiro recuperó el fuego, pero era un fuego más contenido, más sabio. Esteban siguió siendo el meticuloso, pero ahora con una paciencia que parecía infinita. Justo aprendió a hacer milagros con nada, a estirar el dinero, el papel, la tinta, como si fueran de hule.

Una noche, mientras imprimían bajo la luz de un quinqué que humeaba como alma en pena, Tintero preguntó:

—¿Cuándo vamos a volver?

Ramiro no dejó de entintar el rodillo.

—Cuando podamos. O cuando tengamos que hacerlo aunque no podamos.

—¿Y si nunca podemos?

—Entonces moriremos aquí. Pero habremos impreso.

Esteban levantó la vista de la caja de tipos.

—La patria no es un territorio —dijo—. Es un papel que resiste el polvo.

Justo, que estaba amarrando paquetes, añadió sin mirar a nadie:

—Y nosotros somos ese papel.

Teresa, desde su rincón, sonrió. Era una sonrisa cansada, pero real. Tintero entendió entonces que el exilio no era una derrota. Era solo otra forma de seguir. Otra forma de imprimir. Otra forma de resistir. Y que mientras tuvieran tinta y papel —o algo parecido a tinta y papel—, seguirían siendo lo que eran: incendiarios de papel en un país que se negaba a arder.

El viento del norte soplaba afuera con su rencor habitual. Pero adentro, en ese cuarto estrecho que olía a tinta barata y a sudor, la prensa respiraba. Y con cada respiración, con cada hoja que salía manchada e imperfecta, se renovaba la promesa: que las palabras sobreviven a las fronteras, que la memoria no se exilia, que la dignidad se puede imprimir incluso con hambre.

Siguieron así durante dos años. Dos años de desierto, de sed, de nostalgia, de panfletos que salían torcidos pero salían. Y cuando finalmente pudieron regresar, cuando la situación cambió y el país los dejó volver, Tintero supo que algo se había quedado allá, en San Luis del Norte: una parte de él que había aprendido que la revolución no necesita un lugar fijo, solo manos dispuestas a mancharse.

CAPÍTULO 8

Cartas sin respuesta

Ramiro escribió la primera carta en octubre, sentado en el suelo del cuarto trasero de la tienda, con una vela que se consumía más rápido que su paciencia. Usó papel de estraza porque era lo único que tenían, y una pluma que raspaba como conciencia culpable. La carta iba dirigida a Teresa, que se había quedado en la ciudad después de que las autoridades comenzaran a interrogar a las mujeres del movimiento. Decía cosas simples: que estaban

bien, que la prensa funcionaba mal pero funcionaba, que el hambre era tolerable, que la esperanza resistía. Al final, después de tachar tres veces la despedida, escribió: Te extraño más de lo que las palabras pueden decir. Firmó con su nombre completo, dobló la carta en cuatro y la guardó en el bolsillo de la camisa. Nunca la envió.

El problema con el correo en tiempos de persecución no es que sea lento, sino que es transparente. Cada carta pasa por manos oficiales, se abre, se lee, se copia, se archiva. Enviar una carta es como gritarle tus secretos al enemigo y pedirle por favor que se los entregue a tu amada. Ramiro lo sabía, y por eso guardó la carta. Pero seguir escribiendo se volvió una costumbre, una forma de mantener la cordura en medio del exilio. Escribió una carta por semana durante seis meses. Ninguna salió de su bolsillo.

Teresa, del otro lado del mapa, hacía lo mismo. Escribía en cuadernos baratos que compraba en el mercado, con letra pequeña para ahorrar papel. Sus cartas eran distintas a las de Ramiro: más sobrias, más medidas, como si cada palabra hubiera sido pesada antes de escribirse. Hablaba del taller destruido, de los amigos que habían huido o se habían vendido, de la ciudad que seguía girando ajena al dolor de los que resistían. Y al final, siempre al final, después de hablar de todo lo demás, añadía una línea que nunca variaba: Sigo esperando que vuelvas. Las cartas se acumulaban en una caja de lata que había contenido galletas inglesas y que ahora contenía palabras que nadie leería.

Fue Esteban quien propuso el sistema de los mensajeros. Conocía a un comerciante que viajaba entre la ciudad y el norte, un hombre discreto que por unas monedas podía llevar cartas sin preguntar qué decían. El arreglo funcionó durante tres meses. Ramiro enviaba sus cartas dobladas dentro de facturas falsas. Teresa las recibía y respondía con la misma cautela. Pero el comerciante desapareció una noche de enero, y con él desaparecieron las últimas cinco cartas de Ramiro y las últimas tres de Teresa. Nunca supieron si lo habían arrestado, si había huido, o si simplemente había decidido que el negocio no valía el riesgo. Lo cierto es que las cartas se perdieron, y con ellas se perdió también la ilusión de que la distancia podía vencerse con palabras.

Tintero, que había sido testigo involuntario de todo esto, guardaba algunas de las cartas que Ramiro había descartado. Las recogía del suelo, las alisaba, las leía a escondidas. No lo hacía por morbo sino por curiosidad: quería entender qué era eso que unía a dos personas a través de la distancia, esa cosa que no era amor romántico ni camaradería revolucionaria, sino algo intermedio, algo más complicado. En una de las cartas descartadas, Ramiro había escrito: A veces pienso que la revolución es solo una excusa para no admitir que tengo miedo de vivir sin ti. La frase estaba tachada con violencia, pero Tintero la leyó igual. Y la guardó, como quien guarda una confesión que no estaba destinada a ser escuchada.

Teresa, mientras tanto, enfrentaba sus propios demonios. La ciudad se había vuelto hostil. Los cafés donde solían reunirse estaban vigilados. Las imprentas amigas habían cerrado o se habían vendido al gobierno. Los compañeros de lucha se dispersaban como humo, algunos al exilio, otros a la resignación,

otros a la traición. Teresa intentaba mantener viva la llama, pero era difícil mantener viva una llama cuando el viento sopla desde todas direcciones. Escribía artículos que nadie publicaba, organizaba reuniones a las que nadie asistía, imprimía panfletos en una prensa prestada que funcionaba una semana sí y dos no. Y cada noche, antes de dormir, sacaba la caja de galletas inglesas y releía las cartas que Ramiro le había enviado, buscando en ellas algo que la ayudara a seguir.

Una de esas cartas decía: No sé si lo que hacemos sirve de algo, pero sé que dejar de hacerlo sería peor. Teresa subrayó esa frase con lápiz y la copió en su cuaderno. Luego escribió debajo: Ramiro tiene razón, aunque no sepa que la tiene. Y siguió.

Fue en marzo cuando llegó la noticia de que Ramiro estaba enfermo. No era nada grave, solo una fiebre persistente que lo dejaba postrado durante días, pero en el norte, donde no había médicos decentes ni medicinas, cualquier enfermedad podía volverse grave. Teresa intentó enviar dinero para que lo atendieran, pero el dinero nunca llegó. Intentó enviar una carta con instrucciones de qué hacer, pero la carta se perdió en el camino. Intentó ir ella misma, pero le negaron el salvoconducto. Y entonces comprendió lo que ya sabía pero no había querido aceptar: que la distancia no era solo geográfica, sino también política, y que el país se había vuelto un laberinto donde dos personas que se querían podían estar separadas por fronteras invisibles más infranqueables que las de piedra.

Ramiro se recuperó solo, con la ayuda de Esteban que lo cuidó como pudo y de Justo que consiguió hierbas de una curandera local. Cuando por fin pudo levantarse, lo primero que hizo fue escribir una carta. Esta vez no la guardó en el bolsillo. La envió con un arriero que prometió entregarla, aunque Ramiro no le creyó del todo. La carta decía: Estuve enfermo. Casi me muero. Lo único que lamenté fue no haberte visto una última vez. Teresa nunca la recibió.

Los meses pasaron con esa lentitud cruel de los tiempos difíciles. Las cartas seguían escribiéndose, pero ya no se enviaban. Se acumulaban en bolsillos, en cajas, en cajones. Se volvieron una especie de diario privado, un monólogo dirigido a alguien que no respondía porque no podía. Ramiro escribía cada vez menos, como si las palabras hubieran perdido su poder. Teresa escribía cada vez más, como si las palabras fueran lo único que le quedaba.

En una de sus últimas cartas, Teresa escribió: Creo que el amor también puede exiliarse. No muere, pero se va. Se queda en algún lugar del pasado, esperando que uno vuelva a buscarlo. Pero uno nunca vuelve, porque el camino de regreso está lleno de fantasmas. Dobló la carta, la metió en la caja de galletas inglesas y no volvió a escribir durante semanas.

Fue Tintero quien, sin querer, hizo de puente. Durante un viaje que hizo a la ciudad para conseguir papel, se encontró con Teresa en el mercado. Ella lo reconoció de inmediato, aunque él había crecido y ya no era el niño de manos manchadas que había conocido en el sótano. Se saludaron con torpeza, como se saludan dos personas que comparten un pasado pero no un presente. Teresa le preguntó por Ramiro. Tintero le contó de la enfermedad, del

hambre, de la prensa improvisada, de todo. Y luego, sin saber bien por qué, le entregó las cartas que Ramiro había descartado y que él había guardado.

—Son suyas —dijo—. Nunca las envió, pero creo que debería leerlas.

Teresa tomó las cartas con manos temblorosas. No las leyó ahí, en medio del mercado. Esperó a llegar a su cuarto, cerró la puerta, se sentó en la cama y las leyó todas, una por una. Lloró, aunque no era mujer de llorar. Y cuando terminó de leer, sacó la caja de galletas inglesas y leyó sus propias cartas, las que ella había escrito y nunca enviado. Y comprendió algo que debió haber comprendido antes: que la revolución les había dado una causa, pero también les había quitado una vida. Que habían elegido el fuego y el fuego los había consumido, no de golpe sino lentamente, carta por carta, silencio por silencio.

Escribió una última carta esa noche. Era breve, casi telegráfica: Vuelve cuando puedas. O no vuelvas. Pero no sigas escribiendo cartas que no envías. Esta vez sí la envió, con Tintero, que prometió entregarla en mano. Y la entregó. Ramiro la leyó en voz alta, para que todos la escucharan. Esteban no dijo nada, pero asintió. Justo cerró el libro de cuentas. Y Ramiro, por primera vez en meses, sonrió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tintero.

—Ahora seguimos —respondió Ramiro—. Pero sin cartas.

No volvieron a escribirse. Siguieron imprimiendo en el norte, Teresa siguió resistiendo en la ciudad, y la distancia siguió siendo distancia. Pero algo había cambiado. Las cartas sin respuesta habían cumplido su función: recordarles que estaban vivos, que se querían a su manera complicada, y que el silencio a veces dice más que todas las palabras impresas del mundo.

Años después, cuando por fin pudieron regresar, Ramiro y Teresa se reencontraron en el sótano reconstruido. No se abrazaron, no se besaron, no dijeron nada solemne. Solo se miraron, y en esa mirada había todo lo que las cartas no habían podido decir. Luego se pusieron a trabajar, porque eso era lo que sabían hacer, lo único que les quedaba hacer.

Tintero, que los observaba desde su rincón, pensó en las cartas que había guardado, en las que se habían perdido, en las que nunca llegaron. Y entendió que el amor en tiempos de revolución no es como el amor de las novelas. No tiene finales felices ni declaraciones dramáticas. Es un amor hecho de ausencias, de palabras no dichas, de esperas que se alargan hasta volverse costumbre. Un amor que resiste no porque sea fuerte, sino porque es terco. Como la tinta que mancha los dedos aunque uno ya no esté imprimiendo.

CAPÍTULO 9

Las mujeres del fuego

Cuando los hombres cayeron presos o huyeron al norte, quedó un silencio que parecía definitivo. La ciudad respiraba con alivio oficial: la amenaza había sido neutralizada, los agitadores estaban donde debían estar, el orden se había restaurado. Pero el orden, como casi todo lo oficial, era una mentira. Porque

en los sótanos, en las cocinas, en los cuartos de azotea, las mujeres seguían imprimiendo.

No lo hacían con bombos ni con discursos. Lo hacían con la discreción de quien sabe que el verdadero peligro no viene de las armas sino de las sospechas. Imprimían de noche, cuando los vecinos dormían. Distribuían de día, escondiendo los panfletos entre la ropa lavada, entre los paquetes del mercado, entre las canastas de pan. Y si alguien preguntaba, sonreían con esa sonrisa que las mujeres han perfeccionado durante siglos: la sonrisa que no dice nada pero lo dice todo.

Teresa era el centro de esa red invisible. No porque se hubiera autoproclamado líder, sino porque era la única que conocía a todas las demás y porque su casa se había convertido, sin que nadie lo decidiera formalmente, en el cuartel general de la resistencia femenina. Allí llegaban las maestras que robaban papel de las escuelas, las costureras que escondían tinta entre los carretes de hilo, las sirvientas que distribuían panfletos en las casas de sus patrones sin que estos se enteraran. Eran mujeres comunes, de esas que el país ignora hasta que las necesita, y que después vuelve a ignorar cuando ya no las necesita.

La primera en llegar fue Dolores Limón, una mujer de cincuenta años que había trabajado toda su vida como encuadernadora. Tenía manos fuertes, curtidas por el pegamento y la presión, y una mirada que no pedía permiso. Llegó a casa de Teresa un martes por la tarde con una prensa pequeña bajo el brazo, envuelta en trapos.

—Me la dio mi patrón antes de que cerraran el taller —dijo—. Pensé que ustedes le darían mejor uso que la policía.

Teresa miró la prensa como si fuera un regalo de los dioses. Era vieja, pequeña, medio oxidada, pero funcionaba. Entre las dos la instalaron en la cocina, detrás de la alacena, y esa misma noche imprimieron el primer panfleto. Decía cosas simples, casi obvias, pero en tiempos de silencio hasta lo obvio es revolucionario: La justicia no descansa. Nosotras tampoco.

Después llegó Remedios Sotelo, maestra de primaria en una escuela de barrio pobre. Traía papel robado de la dirección, resmas enteras que había sacado poco a poco durante semanas, escondiéndolas en su bolso como si fueran contrabando. Lo eran. También traía una lista de nombres de otras maestras dispuestas a ayudar, mujeres que enseñaban a leer y escribir durante el día y que por las noches distribuían lo que otros habían escrito.

—No podemos dejar que se apague —dijo Remedios con esa voz suave que usaba para hablarles a los niños, pero con una firmeza que no admitía réplica —. Si nosotras nos rendimos, todo habrá sido en vano.

—Nadie se va a rendir —respondió Teresa.

Y no se rindieron. Se multiplicaron. A la red se sumaron Inés Campos, que trabajaba en una fábrica de textiles y robaba tinta de los almacenes; Petra Durán, que era partera y aprovechaba sus visitas a las casas para distribuir panfletos; Consuelo Mirabal, viuda de un tipógrafo fusilado, que conocía el

oficio mejor que nadie y que se ofreció a enseñarles a componer sin errores. Eran diez, luego quince, luego veinte. Todas mujeres. Todas calladas. Todas imprimiendo.

Tintero las conoció cuando volvió de uno de sus viajes al norte. Llegó a casa de Teresa buscando noticias de Ramiro y se encontró con una asamblea en plena sesión. Había mujeres sentadas en el suelo, otras de pie, algunas revisando pruebas, otras amarrando paquetes. La cocina olía a tinta y a café recalentado. Teresa lo vio entrar y le hizo un gesto para que se quedara callado. Él obedeció, se sentó en un rincón y observó.

Lo que vio esa noche cambió algo en su manera de entender la revolución. Porque hasta entonces había creído que la lucha era cosa de hombres fogosos que gritaban consignas y que estaban dispuestos a morir por la causa. Pero estas mujeres no gritaban. No morían, al menos no de forma espectacular. Simplemente seguían. Con una obstinación que no pedía reconocimiento, con un coraje que no necesitaba testigos. Imprimían, distribuían, volvían a imprimir. Y si las atrapaban, no había héroes que las rescataran ni canciones que las inmortalizaran. Solo había cárcel, silencio, olvido.

Dolores Limón fue la primera en caer. La arrestaron un jueves por la mañana, en su casa, mientras guardaba tipos en una caja de galletas. No opuso resistencia. No delató a nadie. Pasó tres meses en la cárcel y salió más flaca, más vieja, pero no vencida. Volvió a casa de Teresa como si nada, como si la cárcel hubiera sido un paréntesis molesto, y preguntó:

—¿Qué estamos imprimiendo ahora?

Teresa le mostró el texto en el que trabajaban. Dolores lo leyó, asintió y se puso a componer sin más ceremonias.

A Remedios Sotelo la despidieron de la escuela cuando descubrieron que distribuía panfletos. No hubo juicio, no hubo explicaciones. Simplemente un día llegó y la puerta estaba cerrada, y su nombre había sido borrado del registro de maestras. Buscó trabajo en otras escuelas, pero nadie la quería contratar. Terminó dando clases particulares a niños de familias pobres que le pagaban con lo que podían: tortillas, frijoles, a veces solo agradecimiento. Pero siguió robando papel de donde podía y siguió distribuyendo panfletos.

—Me quitaron el sueldo —dijo una noche, con una sonrisa amarga—, pero no me quitaron las ganas.

Petra Durán tuvo que dejar de distribuir cuando un delator la señaló como sospechosa. No la arrestaron, pero la vigilaban. Cada vez que salía de su casa, había alguien siguiéndola. Cada vez que visitaba a una parturienta, un policía esperaba afuera. Tuvo que retirarse, pero antes de irse entrenó a otras tres parteras para que siguieran con el trabajo.

—La red no depende de una sola —dijo—. Depende de todas.

Y era verdad. Porque cuando una caía, otra la reemplazaba. Cuando una se cansaba, otra tomaba su lugar. No había heroísmo individual, solo trabajo colectivo. No había nombres que se inmortalizaran, solo manos que seguían manchándose.

Teresa llevaba el peso de todo eso con una calma que a veces parecía inhumana. Organizaba, coordinaba, escribía, revisaba, imprimía. Dormía poco, comía menos. Adelgazó tanto que las vecinas empezaron a murmurar que estaba enferma. Pero no estaba enferma. Estaba exhausta. Exhausta de fingir que todo estaba bien, de sonreír cuando la policía pasaba frente a su casa, de esconder el miedo cada vez que tocaban la puerta. Pero no se rindió.

Fue Consuelo Mirabal quien una noche le dijo:

—Vas a matarte si sigues así.

—Mejor morir haciendo algo que vivir sin hacer nada —respondió Teresa.

—No es morir lo que me preocupa —dijo Consuelo—. Es que te mates sin darte cuenta de que ya estás muerta.

Teresa la miró sin entender. Consuelo suspiró.

—No comes, no dormís, no hablas con nadie que no sea de la causa. Te convertiste en lo que imprimís: puro papel y tinta. Pero tú no eres papel, Teresa. Eres una persona.

Esa noche, después de que todas se fueran, Teresa se sentó sola en la cocina y lloró. No lloró por miedo ni por cansancio, sino porque Consuelo tenía razón. Se había olvidado de que era una persona. Se había convertido en una función: la que organiza, la que escribe, la que resiste. Y en ese proceso había perdido algo que no sabía cómo recuperar.

Pero al día siguiente volvió a trabajar. Porque eso era lo que sabía hacer. Y porque, aunque Consuelo tuviera razón, rendirse no era una opción.

Los meses pasaron. La red creció, se encogió, volvió a crecer. Algunas mujeres se fueron, otras llegaron. Algunas fueron arrestadas, otras siguieron libres. Pero la prensa nunca dejó de funcionar. Los panfletos siguieron circulando, discretos, tercos, necesarios. Y aunque nadie los firmaba, aunque no había nombres en las portadas ni reconocimiento en los periódicos oficiales, todos sabían quiénes los hacían. Las mujeres del fuego. Las que mantenían viva la llama cuando los hombres no podían.

Tintero, que había vuelto a quedarse en la ciudad para ayudar, las observaba con una mezcla de admiración y tristeza. Admiración porque eran más valientes de lo que nadie quería admitir. Tristeza porque sabía que la historia oficial las olvidaría. Que cuando todo terminara, cuando los hombres volvieran del exilio y las cosas se normalizaran, nadie recordaría que ellas habían sido las que sostuvieron la causa cuando todos los demás habían caído. Que sus nombres no aparecerían en los libros, que sus rostros no estarían en las fotografías conmemorativas, que sus manos manchadas de tinta quedarían invisibles.

Pero ellas no imprimían para ser recordadas. Imprimían porque era lo correcto. Porque la palabra no podía morir. Porque alguien tenía que seguir diciendo la verdad aunque nadie quisiera escucharla.

Una noche, mientras empaquetaban los últimos panfletos del mes, Dolores dijo:

—Cuando esto termine, nadie va a saber que existimos.

—Lo sabemos nosotras —respondió Remedios—. Eso basta.

—¿Basta? —preguntó Inés con escepticismo.

—Tiene que bastar —dijo Teresa—. Porque si no basta, entonces nada de esto tiene sentido.

Se quedaron en silencio un momento. Luego siguieron empaquetando. Porque eso era lo que hacían. Seguir. Sin himnos, sin aplausos, sin reconocimiento. Solo con la certeza de que el fuego que mantenían vivo no se apagaría mientras hubiera manos dispuestas a alimentarlo.

Y cuando años después Tintero escribiera esta historia, se aseguraría de que sus nombres no se olvidaran. De que alguien supiera que Teresa Valcárcel, Dolores Limón, Remedios Sotelo, Petra Durán, Consuelo Mirabal, Inés Campos y todas las demás habían sido las verdaderas guardianas de la llama. Las mujeres del fuego. Las que imprimieron cuando nadie más podía. Las que resistieron sin pedir permiso. Las que mantuvieron viva la revolución en los márgenes, donde nadie las veía pero donde todo se decidía.

CAPÍTULO 10

El penal de Piedra Sucia

El penal de Piedra Sucia no tenía nada de piedra ni nada de sucia, lo cual era mentira: tenía ambas cosas en exceso. Las paredes eran de piedra gris que transpiraba humedad, y la suciedad era una capa permanente que cubría todo: los pisos, las rejas, los presos, las esperanzas. Estaba ubicado en las afueras de la ciudad, lo suficientemente lejos como para que los ciudadanos decentes pudieran olvidar su existencia, pero lo suficientemente cerca como para que sirviera de advertencia: aquí van los que se pasan de listos.

Ramiro llegó un martes de abril, esposado y con la cara hinchada por los golpes que le habían dado durante el interrogatorio. Esteban llegó el mismo día, pero en otro camión, porque las autoridades habían aprendido que es mejor separar a los hermanos para que no conspiren en el trayecto. Justo llegó una semana después, con menos golpes pero con más miedo, porque Justo siempre había sido el más sensato y los sensatos sufren más en las cárceles.

Los metieron en el pabellón C, que era donde guardaban a los políticos. No porque el gobierno reconociera que eran presos políticos —oficialmente no existían los presos políticos, solo delincuentes comunes que casualmente habían cometido delitos contra el Estado—, sino porque era más fácil vigilarlos si estaban todos juntos. El pabellón olía a orines, a comida podrida y a resignación. Había cuarenta hombres hacinados en un espacio diseñado para veinte, durmiendo en catres de metal oxidado o directamente en el suelo, compartiendo dos baños que no funcionaban bien y una ventana pequeña que dejaba entrar más frío que luz.

Ramiro se adaptó con la misma terquedad con que hacía todo. El primer día se peleó con un preso que intentó robarle las botas. El segundo día organizó

un sistema de turnos para el uso del baño. El tercer día ya estaba planeando cómo imprimir algo, aunque no tuviera ni papel ni tinta ni prensa.

—Estás loco —le dijo Esteban cuando Ramiro le explicó su plan—. No puedes imprimir nada aquí.

—Podemos si nos organizamos —respondió Ramiro.

—¿Con qué? ¿Con piedras y esperanza?

—Con lo que tengamos.

Y resultó que tenían más de lo que pensaban. Había un preso que trabajaba en la enfermería y que podía conseguir papel de los expedientes médicos. Había otro que era carpintero y que sabía hacer una prensa rudimentaria con madera y tornillos robados del taller. Había un tercero que había trabajado en una imprenta antes de caer preso por robar pan, y que todavía recordaba cómo componer tipos. Y había Esteban, que conocía la gramática mejor que nadie y que podía convertir cualquier borrador en un texto decente.

La tinta fue el problema más difícil de resolver. Intentaron con hollín mezclado con agua, pero se corría. Intentaron con carbón molido mezclado con aceite, pero no se fijaba al papel. Fue Justo quien tuvo la idea: usar sangre. Sonaba dramático y un poco enfermizo, pero era lo más práctico. Sangre mezclada con ceniza y un poco de saliva para darle consistencia. Funcionaba. No era perfecta, pero funcionaba.

—Esto es asqueroso —dijo Esteban la primera vez que vio la mezcla.

—Es lo que tenemos —respondió Ramiro.

—¿Y de dónde sacamos la sangre?

—De nosotros.

Y así fue. Se picaban los dedos con astillas de madera, dejaban caer la sangre en un recipiente improvisado, la mezclaban con ceniza y la usaban para escribir. No era mucha tinta, apenas alcanzaba para unas cuantas líneas, pero era suficiente. Porque no necesitaban imprimir periódicos completos, solo mensajes. Mensajes cortos, directos, que circulaban entre los presos como contraseñas.

El primer texto que imprimieron decía: La libertad no se pide. Se toma. Lo escribió Ramiro, lo revisó Esteban, lo imprimió el carpintero en una prensa que era poco más que dos tablas con bisagras. Hicieron veinte copias. Las distribuyeron en el pabellón durante la noche, dejándolas bajo las almohadas de los presos como si fueran regalos. A la mañana siguiente, los guardias encontraron una y armaron un escándalo. Interrogaron a todos, golpearon a algunos, amenazaron con castigos. Pero nadie habló. Porque en la cárcel, donde no hay muchas cosas que uno pueda controlar, el silencio es una forma de dignidad.

Siguieron imprimiendo. Cada semana un texto nuevo, cada texto un poco más atrevido que el anterior. Hablaban de cosas simples: de la comida podrida que les daban, de los guardias que robaban las visitas, de la necesidad de organizarse, de no perder la esperanza. Nada que sonara a manifiesto

revolucionario, nada que pudiera usarse como evidencia en un juicio. Solo palabras que recordaban que seguían siendo humanos.

Tintero llegó al penal seis meses después de que los hermanos fueran arrestados. No como preso, sino como visitante. Había conseguido un permiso falsificado gracias a un contacto de Teresa, y entró disfrazado de sobrino de Ramiro. Los guardias lo revisaron con desgana, le robaron el pan que llevaba como ofrenda y lo dejaron pasar. Cuando vio a Ramiro, casi no lo reconoció. Estaba más flaco, más viejo, con la barba crecida y los ojos hundidos. Pero cuando sonrió, era la misma sonrisa.

—¿Qué haces acá, muchacho? —preguntó Ramiro.

—Vine a ver cómo estaban.

—Estamos bien. ¿Trajiste papel?

Tintero sacó de la camisa tres pliegos doblados que había escondido entre la ropa. Ramiro los tomó con una reverencia que Tintero nunca le había visto.

—Eres un genio —dijo.

—No soy un genio. Solo soy testarudo.

—Es lo mismo.

Esa noche, en el pabellón, Ramiro mostró el papel como si fuera oro. Los presos se reunieron alrededor, lo tocaron, lo olieron, lo admiraron. Uno dijo que hacía meses que no veía papel limpio. Otro dijo que era el mejor regalo que había recibido en su vida. Un tercero se puso a llorar sin explicar por qué.

—¿Y qué vamos a imprimir? —preguntó Esteban.

—Lo que tengamos que decir —respondió Ramiro.

Lo que tenían que decir resultó ser una carta. Una carta colectiva, escrita entre todos, dirigida a nadie en particular y a todos en general. Hablaba de la cárcel, de las condiciones inhumanas, de los presos que morían de enfermedades evitables, de los guardias que torturaban por diversión. Pero también hablaba de otra cosa: de la necesidad de seguir creyendo en algo, aunque ese algo fuera solo la posibilidad de que algún día las cosas cambiaran.

La carta ocupaba dos páginas. La imprimieron con la prensa improvisada, usando la tinta de sangre y ceniza. Hicieron treinta copias. Las distribuyeron no solo en el pabellón C, sino en toda la cárcel, escondiéndolas en lugares donde los guardias no miraban: dentro de los colchones, debajo de las letrinas, en los bolsillos de los presos que iban al taller. La carta circuló como un rumor, como una oración, como una promesa.

Cuando los guardias la encontraron, no supieron qué hacer. Arrestar a todos era imposible. Castigar a algunos era inútil, porque no sabían quiénes eran los culpables. Así que decidieron quemar las copias que encontraron y fingir que no había pasado nada. Pero ya era tarde. La carta había cumplido su función: recordarles a los presos que no estaban solos, que había otros como ellos, que la palabra podía circular incluso entre barrotes.

Ramiro pasó dos años en Piedra Sucia. Esteban también. Justo salió antes, porque tenía conexiones que los otros no tenían y porque supo negociar su libertad a cambio de promesas que nunca cumplió. Durante esos dos años, la imprenta clandestina del pabellón C siguió funcionando. No todos los días, no todas las semanas, pero siguió. Cada texto que imprimían era un acto de fe, una negativa a rendirse, una fuga que no requería túneles ni cuerdas sino solo palabras.

Tintero los visitó cuando pudo, que no fue muchas veces. Pero cada vez que iba, llevaba papel. A veces también llevaba noticias de Teresa, de Dolores, de las mujeres que seguían imprimiendo afuera. Ramiro escuchaba esas noticias con una expresión que era mitad orgullo, mitad envidia.

—Ellas están haciendo más que nosotros —dijo una vez.

—Están haciendo lo mismo —respondió Tintero—. Solo que en otro lugar.

—No es lo mismo. Ellas están libres.

—¿Libres? —Tintero sonrió con amargura—. Nadie está libre, Ramiro. Ni afuera ni adentro.

Ramiro lo miró con esos ojos que habían visto demasiado.

—Tienes razón —dijo—. Pero al menos afuera hay papel que no está manchado de sangre.

Cuando finalmente salieron de Piedra Sucia, fue sin fanfarrias ni celebraciones. Un día les dijeron que estaban libres, les devolvieron sus cosas —menos las que los guardias habían robado— y los echaron a la calle. Ramiro salió con la misma ropa con la que había entrado, solo que ahora le quedaba grande. Esteban salió con un libro que había leído cincuenta veces y que ya se sabía de memoria. Justo, que había salido antes, los esperaba afuera con ropa limpia y algo de comida.

No volvieron directamente al sótano. Primero fueron a bañarse, a comer algo decente, a dormir en una cama que no fuera de metal oxidado. Y luego, cuando estuvieron listos, volvieron. Porque eso era lo que hacían. Volver. Siempre volver.

El sótano estaba distinto. Más ordenado, más limpio, más femenino. Teresa y las demás lo habían mantenido vivo durante su ausencia. Había una prensa nueva, o al menos una prensa menos vieja. Había papel guardado en cajas. Había tinta que no estaba hecha de sangre. Ramiro miró todo eso y sonrió.

—Hicieron un buen trabajo —dijo.

—Hicimos lo que pudimos —respondió Teresa.

—Fue más que suficiente.

Esa noche no imprimieron nada. Solo se sentaron alrededor de la prensa, en silencio, como si la máquina fuera un altar y ellos fueran peregrinos que habían vuelto de un largo viaje. Tintero, que había presenciado todo desde su lugar de testigo involuntario, entendió algo que no había entendido antes: que la cárcel no era solo un lugar físico, sino también un estado mental. Que uno podía estar preso incluso estando libre, y que uno podía ser libre incluso

estando preso. Y que la libertad verdadera no consistía en la ausencia de barrotes, sino en la capacidad de seguir creyendo que las palabras importaban, que la tinta podía cambiar algo, que imprimir era una forma de resistir.

Al día siguiente volvieron al trabajo. Porque eso era lo que sabían hacer. Y porque, aunque Piedra Sucia les había quitado años, no les había quitado la obstinación. Esa obstinación que los hacía seguir imprimiendo aunque todo estuviera en contra, aunque la tinta fuera de sangre, aunque el papel fuera robado, aunque nadie leyera lo que escribían. Esa obstinación que era, al final, la única herencia que valía la pena dejar.

CAPÍTULO 11

Federico I. Madueño y el robo de la revolución

Los años pasaron como pasan las modas: con entusiasmo al principio, con indiferencia después, con olvido al final. La revolución que había comenzado en sótanos húmedos y con tinta de sangre terminó en oficinas con alfombra y secretarias que servían café en tazas de porcelana. Los que habían impreso manifiestos clandestinos ahora firmaban decretos oficiales. Los que habían dormido en el suelo ahora dormían en hoteles de lujo. Y los que habían gritado consignas contra el gobierno ahora eran el gobierno.

Federico I. Madueño era el símbolo perfecto de esa transformación. Había sido abogado, periodista, conspirador de medio pelo, y finalmente ministro de Educación y Cultura. Tenía una sonrisa que parecía sincera hasta que uno se fijaba en los ojos, que eran fríos como los de un pescado. Hablaba con la cadencia de quien ha ensayado cada frase frente al espejo, y tenía el don de decir mucho sin comprometerse a nada. Era, en resumen, un político perfecto para tiempos imperfectos.

La primera vez que Tintero lo vio fue en un acto oficial, años después de que los hermanos Flórez salieran de Piedra Sucia. Madueño inauguraba un museo de la revolución, un edificio blanco y pretencioso donde se exhibían los objetos que alguna vez habían sido herramientas de lucha y que ahora eran reliquias momificadas: una prensa vieja, tipos móviles en vitrinas, ejemplares amarillentos de periódicos clandestinos, fotografías de hombres muertos que miraban desde las paredes con expresión de no entender qué hacían allí.

Ramiro estaba presente, invitado como veterano de la causa. Llevaba traje prestado y corbata mal anudada, y tenía la expresión de quien preferiría estar en cualquier otro lugar. Esteban también estaba, sentado en la última fila, con un libro en las manos que no leía pero que le servía de excusa para no hablar con nadie. Justo había declinado la invitación con una carta educada que en realidad decía: prefiero recordar la revolución como fue, no como ustedes la están convirtiendo.

Madueño subió al estrado con esa seguridad de quien sabe que tiene el micrófono y que nadie lo va a interrumpir. Habló durante cuarenta minutos. Dijo que la revolución había sido un triunfo del pueblo. Que los héroes

anónimos habían dado su vida por la libertad. Que el país les debía una deuda impagable. Que el gobierno actual era heredero directo de esos ideales. Que el museo era un homenaje a todos los que habían luchado. Y mientras decía todo eso, los veteranos presentes en el público se miraban entre sí con expresiones que iban desde la incomodidad hasta el asco.

Cuando terminó el discurso, hubo aplausos. Aplausos educados, obligatorios, vacíos. Madueño bajó del estrado y comenzó a saludar a los invitados con esa efusividad fingida de los políticos. Cuando llegó donde estaba Ramiro, le extendió la mano con una sonrisa.

—Camarada Flórez, qué honor tenerlo aquí.

Ramiro le estrechó la mano sin entusiasmo.

—No soy su camarada —dijo.

Madueño rio como si fuera una broma.

—Todos somos camaradas en la lucha por la libertad.

—La lucha terminó —respondió Ramiro—. Ustedes ganaron. Nosotros perdimos.

—No diga eso, don Ramiro. Ustedes sembraron, nosotros cosechamos. Es el ciclo natural de las revoluciones.

—El ciclo natural de las revoluciones —repitió Ramiro con amargura— es que los que sembraron se mueren de hambre y los que cosecharon se engordan.

Madueño dejó de sonreír. Por un segundo, sus ojos de pescado muerto mostraron algo parecido a la irritación. Pero se recompuso rápido.

—Entiendo su frustración —dijo con voz conciliadora—. Sé que han sufrido mucho. Pero no puede negar que el país cambió. Y cambió gracias a ustedes.

—El país no cambió —respondió Ramiro—. Solo cambió de dueño.

Se dio la vuelta y se fue sin despedirse. Esteban lo siguió en silencio. Tintero, que había presenciado la escena desde lejos, los alcanzó en la calle.

—¿Estás bien? —le preguntó a Ramiro.

—Estoy furioso. Ese hijo de puta convirtió la revolución en museo.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Esteban con esa calma suya que era más triste que la furia de Ramiro—. Todas las revoluciones terminan así. En estatuas, en placas conmemorativas, en discursos vacíos.

—Entonces para qué hicimos todo esto —dijo Ramiro.

—No lo sé —respondió Esteban—. Pero ya está hecho.

Caminaron en silencio durante un rato. La ciudad había cambiado. Había nuevos edificios, nuevas avenidas, nuevos monumentos. Todo parecía más limpio, más ordenado, más oficial. Pero algo se había perdido en el proceso. Esa cosa indefinible que hacía que la ciudad sintiera como propia, como un lugar donde uno podía ser rebelde sin pedir permiso.

—¿Viste los periódicos que tienen en el museo? —preguntó Tintero.

—Los vi —dijo Ramiro.

—Eran nuestros. Los que imprimimos en el sótano.

—Lo sé.

—¿Y cómo llegaron ahí?

—Alguien los donó. O alguien los confiscó y luego los donó. No importa. Ahora son piezas de museo. Objetos muertos.

—Pero siguen existiendo —dijo Tintero.

—Sí —respondió Ramiro—. Como existen los dinosaurios. En vitrinas.

Esa noche, en el sótano que ahora era un taller legal y registrado, se reunieron los que quedaban. Ramiro, Esteban, Teresa, Dolores, algunas de las mujeres que habían impreso durante los años difíciles. Tintero también estaba, sentado en su rincón de siempre, con los dedos manchados de tinta como siempre.

—Madueño quiere que colaboremos con el gobierno —dijo Teresa—. Me mandó una carta. Dice que necesitan nuestros archivos para el museo. Dice que es importante preservar la memoria histórica.

—¿Memoria histórica? —Ramiro casi escupió las palabras—. Lo que quiere es enterrarnos en un museo para que no le demos problemas.

—Puede ser —dijo Teresa—. Pero también puede ser que tenga razón. Que si no preservamos la memoria, se va a perder.

—La memoria no se preserva en museos —respondió Ramiro—. Se preserva haciendo cosas.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Dolores—. ¿Seguir imprimiendo panfletos que nadie lee? ¿Seguir peleando contra un gobierno que se dice revolucionario?

—Sí —dijo Ramiro—. Exactamente eso.

Hubo un silencio incómodo. Todos sabían que Ramiro tenía razón en el fondo, pero también sabían que tenía razón Teresa: que el mundo había cambiado, que ya no eran jóvenes fogosos con todo por ganar, que la revolución había sido institucionalizada y que luchar contra la institución era como boxear con una nube.

Esteban, que había estado callado todo el tiempo, habló por fin:

—Hay una diferencia entre preservar la memoria y venderse. Podemos darles los archivos sin convertirnos en sus empleados. Podemos dejar que pongan nuestros periódicos en vitrinas sin dejar de imprimir nuevos periódicos. La cuestión no es si colaboramos o no. La cuestión es si seguimos siendo quienes somos.

—¿Y quiénes somos? —preguntó Teresa.

—Los que no se callan —respondió Esteban—. Los que siguen diciendo que el rey está desnudo aunque el rey ahora se vista con nuestras ropas.

Ramiro asintió lentamente. Era la primera vez en semanas que parecía estar de acuerdo con algo.

—Está bien —dijo—. Que se lleven los archivos. Que hagan su museo. Pero nosotros seguimos imprimiendo. Y lo que imprimamos no va a ser para hacerles propaganda.

—¿Y qué vamos a imprimir? —preguntó Dolores.

—La verdad —respondió Ramiro—. Como siempre.

Y así lo hicieron. Donaron los archivos al museo de Madueño, pero siguieron imprimiendo. Ya no eran manifiestos incendiarios ni proclamas revolucionarias. Eran textos más sobrios, más tristes, más conscientes de que las revoluciones siempre son traicionadas por los que llegan después. Escribían sobre la burocracia que ahogaba las buenas intenciones, sobre los funcionarios que se enriquecían en nombre del pueblo, sobre la distancia creciente entre el discurso oficial y la realidad cotidiana.

Madueño los toleró al principio. Luego los ignoró. Finalmente intentó cerrarles el taller con excusas administrativas: que no tenían los permisos correctos, que las instalaciones no cumplían con las normas de seguridad, que había quejas de los vecinos. Pero para entonces ya era tarde. El taller se había convertido en un símbolo, y cerrar un símbolo es más difícil que cerrar una imprenta.

Los años siguieron pasando. Madueño siguió siendo ministro, luego fue diputado, luego fue embajador en un país lejano donde nadie lo conocía y donde podía fingir que había sido un héroe. La revolución siguió institucionalizándose, convirtiéndose en fechas conmemorativas, en nombres de calles, en capítulos de libros de texto que los niños leían sin entender.

Ramiro se amargó. No de golpe sino poco a poco, como se oxida el hierro. Dejó de asistir a los actos oficiales, dejó de aceptar invitaciones, dejó de sonreír. Esteban se retiró a su cuarto lleno de libros y dejó de opinar sobre nada. Justo desapareció, literalmente: un día dijo que se iba a buscar trabajo al norte y nunca volvió. Algunos dijeron que había muerto, otros que se había hecho rico, otros que simplemente había decidido olvidar todo y empezar de nuevo.

Teresa siguió, pero con menos fuego. Seguía escribiendo, seguía imprimiendo, pero había en ella una tristeza que no se podía disimular. Una tristeza de quien entiende que ha perdido algo que no puede recuperar: no la revolución, sino la fe en que las revoluciones sirven para algo.

Tintero, que ya no era joven, observaba todo esto con la resignación de quien ha visto demasiado. Y cuando años después se sentó a escribir esta historia, se preguntó si valía la pena contarla. Si tenía sentido hablar de una revolución que había sido robada, de ideales que habían sido momificados, de personas que habían dado todo y que no habían recibido nada a cambio excepto un lugar en un museo que nadie visitaba.

Pero decidió contarla de todos modos. Porque aunque Madueño hubiera robado la revolución, aunque los discursos oficiales hubieran convertido la lucha en propaganda, aunque el país hubiera cambiado de nombre sin cambiar de costumbres, algo había quedado. Algo pequeño, algo frágil, algo

que no cabía en las vitrinas: la memoria de que hubo gente que se negó a callarse. Y eso, pensó Tintero mientras escribía, tenía que valer algo. Aunque fuera solo para que alguien, algún día, al leer estas páginas, supiera que no todos se vendieron. Que algunos siguieron imprimiendo aunque ya no quedara nadie que quisiera leer.

CAPÍTULO 12

El regreso del aprendiz

Tintero volvió del norte con las manos vacías y el corazón lleno de preguntas que no tenía respuesta. Había pasado cinco años trabajando en lo que pudo: cargador en muelles, ayudante en imprentas legales, maestro improvisado de niños que no querían aprender. Había sobrevivido, que ya era bastante, pero no había prosperado. Y ahora, a los treinta y tantos años, con los dedos todavía manchados de tinta que nunca se iba del todo, regresaba a la ciudad buscando algo que ni siquiera sabía si existía.

La ciudad había cambiado más de lo que esperaba. Había edificios nuevos donde antes había solares baldíos, avenidas anchas donde antes había callejones, monumentos a héroes que él no reconocía. Todo parecía más grande, más limpio, más ajeno. Como si la ciudad hubiera decidido olvidar su pasado y reinventarse con nombre nuevo y ropa prestada.

Buscó primero la papelería de los hermanos Flórez. El edificio seguía en pie, pero la papelería había cerrado. En su lugar había una tienda de ropa que vendía trajes para oficinistas y corbatas del color de la resignación. Preguntó por los dueños anteriores y la dependienta, una muchacha que no tendría más de veinte años, le dijo que no sabía de qué hablaba. Que el local siempre había sido tienda de ropa. Que quizá se equivocaba de dirección.

No se equivocaba. Conocía esa puerta, esas ventanas, esos escalones donde se había sentado cientos de veces a esperar que abrieran. Pero la muchacha tenía razón en algo: el pasado no existía si nadie lo recordaba. Y ella no lo recordaba porque nunca lo había vivido.

Fue a buscar a Teresa. Vivía en el mismo cuarto de siempre, en una vecindad que olía a comida recalentada y a esperanzas que se cocinaban a fuego lento. Cuando abrió la puerta y lo vio, tardó un segundo en reconocerlo. Luego sonrió con esa sonrisa que ya no era de alegría sino de alivio por ver a alguien que compartía la memoria.

—Tintero —dijo—. Pensé que te habías muerto.

—Todavía no —respondió él—. Aunque hubo momentos en que lo pensé.

Lo dejó pasar. El cuarto era pequeño, ordenado, lleno de libros apilados contra las paredes. En un rincón había una mesa con una máquina de escribir vieja y papeles dispersos. Teresa le sirvió café en una taza desportillada y se sentaron frente a frente como dos sobrevivientes de un naufragio que se encuentran en una isla desierta.

—¿Y los hermanos? —preguntó Tintero.

Teresa tardó en responder. Bebió un sorbo de café, miró por la ventana, suspiró.

—Ramiro murió hace dos años. Infarto. Estaba imprimiendo cuando le dio. Cayó sobre la prensa y tardamos horas en sacarlo porque se había quedado trabado entre los rodillos. Fue una muerte absurda, como su vida.

Tintero sintió algo parecido al dolor pero más sordo, más cansado. Ramiro había sido fuego puro, y ahora ese fuego se había apagado de la manera más prosaica posible: con un infarto entre rodillos de imprenta.

—¿Y Esteban?

—Se retiró. Vive en un pueblito cerca de la costa, con sus libros. Ya no habla con nadie. Creo que decidió que el mundo no merecía sus palabras.

—¿Y Justo?

—Nadie sabe. Desapareció hace años. Hay quien dice que está en el norte, rico y feliz. Hay quien dice que está muerto. Yo creo que simplemente decidió ser otra persona.

Se quedaron en silencio un rato. El café se enfrió en las tazas. Afuera, la ciudad hacía ruido de ciudad: camiones, vendedores ambulantes, niños gritando, perros ladrando. Pero adentro, en ese cuarto, había un silencio que era más grande que todo el ruido del mundo.

—¿Y el sótano? —preguntó Tintero—. ¿Qué pasó con la imprenta?

—La vendieron. Cuando murió Ramiro, sus herederos no supieron qué hacer con ella. La vendieron como chatarra. La prensa que nos acompañó durante treinta años terminó en un depósito de metales viejos, esperando ser fundida para hacer rejas o clavos.

—¿Y los archivos? ¿Los textos?

—Algunos están en el museo de Madueño, como piezas de exhibición. Otros se perdieron. Otros los tengo yo, aquí, guardados en cajas debajo de la cama. No sé para qué los guardo. Nadie los va a leer. Pero no puedo tirarlos. Sería como tirar cadáveres.

Tintero entendió esa sensación. Él también cargaba con papeles viejos, con cartas que nunca envió, con borradores de textos que nunca terminó. No porque tuvieran valor, sino porque eran prueba de que había existido, de que había hecho algo más que sobrevivir.

—¿Y ahora qué haces? —preguntó.

—Escribo —respondió Teresa—. Cosas que nadie lee. Memorias, reflexiones, intentos de entender qué fue todo esto. A veces pienso que debería quemarlo todo y olvidarme. Pero luego pienso que si yo no lo escribo, nadie más lo va a hacer. Y entonces sigo.

—¿Puedo leer algo?

Teresa dudó. Luego se levantó, fue a un cajón y sacó un cuaderno. Se lo entregó con la misma timidez con que se entrega algo íntimo, algo que puede ser juzgado o rechazado.

Tintero lo abrió y leyó al azar. Eran fragmentos, apuntes, escenas sueltas. Había uno que decía: La revolución fue como un amor de juventud. Nos cambió para siempre, pero no nos dio lo que prometió. Y ahora, viejos y cansados, solo nos queda recordar con una mezcla de ternura y amargura.

—Es bueno —dijo Tintero.

—Es triste —respondió Teresa—. Pero es lo único honesto que puedo escribir.

—¿Y si lo publicamos?

Teresa río. Era una risa sin alegría.

—¿Quién va a publicar esto? ¿Quién quiere leer sobre viejos amargados que perdieron todas sus batallas? La gente quiere héroes, victorias, finales felices. No quiere esto.

—Yo lo quiero —dijo Tintero—. Y si yo lo quiero, alguien más también lo va a querer.

Teresa lo miró con una mezcla de escepticismo y esperanza.

—¿Y qué propones?

—Que escribamos. Los dos. Que contemos la historia completa. No la versión oficial del museo de Madueño, sino la verdadera. La de las derrotas, las traiciones, el hambre, la cárcel, las cartas que nunca llegaron. Todo.

—¿Para qué?

—Para que algo quede. Para que alguien sepa que existimos.

Teresa cerró los ojos, como si estuviera calculando si tenía fuerzas para un último esfuerzo. Luego asintió despacio.

—Está bien. Pero tiene que ser honesto. Nada de heroísmos falsos ni de romantizar la miseria.

—Nada de eso —prometió Tintero—. Solo la verdad.

Y así comenzaron. Se reunían dos veces por semana en el cuarto de Teresa. Ella contaba, él escribía. A veces los papeles se invertían. Revisaban juntos lo escrito, discutían sobre qué incluir y qué dejar fuera, peleaban por una frase o por un adjetivo. Era como volver a la imprenta, pero sin la prensa. Solo con palabras que se escribían a mano y que se leían en voz alta para ver si sonaban verdaderas.

Tardaron dos años en terminar el primer borrador. Era un manuscrito grueso, lleno de tachaduras y anotaciones al margen. No tenían editor ni sabían cómo conseguir uno. Pero tenían la historia. Y eso, por el momento, era suficiente.

Una tarde, mientras revisaban las últimas páginas, Teresa dijo:

—¿Crees que valió la pena?

—¿El qué? ¿La revolución o escribir sobre ella?

—Ambas cosas.

Tintero pensó un momento antes de responder.

—No lo sé. Pero creo que hubiera valido menos no haberlo intentado.

Teresa sonrió. Era la misma respuesta que había dado don Teobaldo décadas atrás, cuando Tintero era solo un niño con las manos manchadas. Como si la sabiduría consistiera en repetir las mismas frases una y otra vez hasta que se volvieran verdad.

Meses después, cuando el manuscrito estuvo listo, Tintero lo llevó a varias editoriales. Todas lo rechazaron. Decían que era demasiado largo, demasiado triste, demasiado honesto. Que el público no quería leer sobre perdedores. Que las memorias de la revolución ya estaban escritas y canonizadas. Que nadie iba a comprar un libro que contradecía la versión oficial.

Pero hubo una editorial pequeña, de esas que publican libros que no se venden pero que deben existir, que aceptó publicarlo. El tiraje fue de quinientos ejemplares. Se vendieron ciento veinte. Los demás quedaron guardados en un almacén, esperando lectores que quizá nunca llegarían.

Pero existían. Y eso, para Tintero y para Teresa, era lo importante. Que existieran. Que alguien, algún día, pudiera abrir ese libro y leer la historia de la imprenta clandestina, de los hermanos Flórez, de las mujeres del fuego, de la cárcel de Piedra Sucia, de las cartas que nunca llegaron. Y que ese alguien supiera que hubo gente que no se rindió aunque todo estuviera perdido.

La noche en que recibieron los primeros ejemplares impresos, Tintero y Teresa se sentaron en el cuarto y abrieron uno con la reverencia de quien abre una urna. El libro olía a tinta fresca, a papel nuevo, a promesa. Lo hojearon en silencio, leyendo fragmentos al azar, reconociendo las palabras que habían escrito como si fueran hijos que volvían después de un largo viaje.

—Lo hicimos —dijo Teresa.

—Lo hicimos —confirmó Tintero.

No brindaron, no celebraron. Solo se quedaron ahí, con el libro abierto entre los dos, sabiendo que habían cumplido con algo que no sabían que era su deber hasta que lo hicieron. Y cuando Tintero salió esa noche a la calle, con un ejemplar bajo el brazo, sintió algo que no había sentido en años: que su vida, con todas sus derrotas y sus miserias, había servido para algo. Para dejar un rastro. Para que alguien supiera que la historia oficial no era la única historia. Que había otra, escrita con tinta que todavía no se secaba del todo.

CAPÍTULO 13

Los otros incendiarios

Pasaron quince años antes de que Tintero supiera que el libro había sobrevivido. Quince años en los que creyó que los ejemplares restantes se habían podrido en algún almacén o habían terminado convertidos en pulpa para hacer cajas de cartón. Quince años en los que se había resignado a que su intento de preservar la memoria había sido tan inútil como todo lo demás.

Fue una tarde de jueves cuando tocaron a su puerta. Tintero vivía solo en un departamento pequeño que olía a café recalentado y a libros viejos. Ya no trabajaba en imprentas. Se ganaba la vida dando clases de gramática a estudiantes que confundían el punto y coma con una enfermedad venérea, y

pasaba las tardes leyendo o simplemente mirando por la ventana como hacen los viejos que ya no esperan nada.

Abrió la puerta y se encontró con tres jóvenes. Dos muchachos y una muchacha, ninguno mayor de veinticinco años. Vestían con esa despreocupación estudiada de los universitarios: camisas arrugadas, pantalones de mezclilla, mochilas llenas de libros y panfletos. Tenían en los ojos ese brillo que Tintero reconoció de inmediato: el brillo de los que creen que pueden cambiar el mundo.

—¿Es usted Tintero? —preguntó la muchacha.

—Depende —respondió él con cautela—. ¿Quién pregunta?

—Leímos su libro —dijo uno de los muchachos, y sacó de la mochila un ejemplar gastado, con las páginas dobladas y anotaciones en los márgenes—. Queremos hablar con usted.

Tintero los dejó pasar con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Se sentaron en la sala pequeña, entre pilas de libros y tazas de café olvidadas. El muchacho que había hablado se presentó como Julián. La muchacha se llamaba Aída. El tercero, un tipo delgado con lentes gruesos, dijo llamarse Nabor, y cuando lo dijo Tintero casi se ríe al recordar al Comandante Panfleto. Pero este Nabor era distinto: tímido, serio, con manos de quien trabajaba con papel y no con promesas.

—¿Dónde consiguieron el libro? —preguntó Tintero.

—En un puesto de libros usados —respondió Aída—. Estaba entre novelas baratas y manuales de cocina. Lo compré porque el título me llamó la atención. Y cuando lo leí, entendí que era lo que habíamos estado buscando.

—¿Buscando qué?

—Prueba de que no somos los primeros —dijo Julián—. Prueba de que antes de nosotros hubo otros que hicieron lo mismo que queremos hacer.

—¿Y qué es lo que quieren hacer?

Los tres se miraron entre sí, como decidiendo quién debía hablar. Finalmente fue Aída quien continuó:

—Imprimir. Distribuir. Decir lo que nadie quiere decir. El país cambió de nombre, cambió de gobierno, cambió de bandera. Pero sigue siendo el mismo país de siempre: corrupto, injusto, sordo. Y nosotros queremos gritar. Con papel y tinta.

Tintero los miró en silencio. Eran tan jóvenes, tan ingenuos, tan parecidos a lo que él había sido cincuenta años atrás. Sintió algo entre ternura y lástima. Sabía cómo iba a terminar esa historia. La había vivido. Pero también sabía que decirles eso era inútil. Los jóvenes no aprenden de las advertencias. Aprenden de los golpes.

—¿Y ya tienen imprenta? —preguntó.

—Tenemos un mimeógrafo —respondió Nabor con timidez—. Lo conseguimos en la universidad. Es viejo, se atasca cada diez hojas, pero funciona.

—¿Y papel?

—Robamos de la biblioteca. Y pedimos donaciones.

—¿Y dinero?

—No tenemos —admitió Julián—. Pero tampoco lo necesitamos. No hacemos esto para ganar dinero.

—Claro que no —dijo Tintero—. Lo hacen por la gloria.

—Lo hacemos porque hay que hacerlo —corrigió Aída con una firmeza que no admitía ironías.

Tintero asintió despacio. Reconocía ese tono. Era el mismo tono que había usado Teresa décadas atrás, el mismo que había usado Ramiro, el mismo que probablemente había usado su bisabuelo cuando imprimía panfletos contra el emperador. El tono de los que no pueden quedarse callados aunque el silencio sea más seguro.

—¿Y qué quieren de mí? —preguntó.

—Consejo —respondió Julián—. Queremos saber cómo lo hicieron. Cómo sobrevivieron. Cómo evitaron que los atraparan.

—No evitamos que nos atraparan —dijo Tintero—. Nos atraparon. Varias veces. Algunos murieron en la cárcel. Otros se vendieron. Otros simplemente se cansaron. Los que sobrevivimos no fue por inteligencia sino por suerte. Y la suerte no se puede enseñar.

—Pero algo deben haber aprendido —insistió Aída—. Algún consejo que nos pueda servir.

Tintero pensó un momento. Luego dijo:

—Sí. Aprendí tres cosas. Primera: no confíen en nadie que prometa organizar la revolución. Los organizadores siempre terminan siendo burócratas o traidores. Segunda: no impriman por gloria ni por reconocimiento. Impriman porque no pueden hacer otra cosa. Y tercera: guarden copias de todo. Porque la historia oficial siempre miente, y alguien tiene que guardar la verdad aunque nadie la quiera leer.

Los tres jóvenes asintieron con seriedad, como si estuvieran recibiendo los mandamientos de una religión nueva. Nabor sacó un cuaderno y anotó las palabras de Tintero con letra cuidadosa. Julián preguntó más detalles sobre cómo evitar la censura, cómo distribuir sin que los cacharan, cómo financiar la operación sin dinero. Tintero respondió lo que pudo, aunque sabía que las respuestas no servían de mucho. Cada generación tenía que aprender por su cuenta. Cada generación tenía que cometer sus propios errores.

Antes de irse, Aída le pidió que firmara el libro. Tintero lo hizo con torpeza, porque hacía años que no firmaba nada. Escribió: Para los que siguen imprimiendo. Con respeto y lástima. Tintero.

—¿Por qué lástima? —preguntó Aída cuando leyó la dedicatoria.

—Porque sé lo que les espera —respondió Tintero—. Y porque no puedo hacer nada para evitarlo.

Se fueron con promesas de volver a visitarlo, de mantenerlo informado, de incluirlo en sus planes. Tintero sabía que probablemente no volverían. Los jóvenes siempre prometen más de lo que cumplen, no por maldad sino por entusiasmo. Y el entusiasmo es como la espuma: bonito mientras dura, pero se desvanece rápido.

Pero se equivocó. Volvieron. Primero al mes, luego cada dos semanas, luego casi cada semana. Le traían los panfletos que imprimían, le pedían opinión sobre los textos, le contaban de sus pequeñas victorias y sus grandes derrotas. Tintero los escuchaba con una mezcla de nostalgia y asombro. Era como ver una película que ya había visto pero que ahora tenía actores distintos.

Los panfletos que imprimían eran torpes, llenos de errores de gramática y de composición. Pero tenían algo que los textos del museo de Madueño no tenían: urgencia. Eran textos escritos con rabia, con miedo, con esperanza. Textos que importaban porque alguien se había arriesgado para escribirlos.

Un día, Aída llegó sola. Traía el rostro demacrado y los ojos rojos de quien ha llorado o no ha dormido o ambas cosas.

—Atraparon a Julián —dijo sin preámbulos—. Lo arrestaron cuando distribuía panfletos en la universidad. No sabemos dónde está.

Tintero sintió un peso familiar en el pecho. Lo había sentido cuando arrestaron a Ramiro, cuando desapareció Dolores, cuando cerraron la imprenta. Era el peso de saber que la historia se repetía y que él no podía hacer nada para cambiarla.

—¿Y Nabor? —preguntó.

—Está escondido. Tiene miedo.

—Debería tener miedo. Es lo sensato.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos rendimos?

Tintero la miró. Era una pregunta que no tenía respuesta correcta. Cualquier cosa que dijera iba a estar mal. Si les decía que se rindieran, estaría traicionando todo lo que había creído. Si les decía que siguieran, estaría mandándolos al matadero.

—No puedo decirte qué hacer —dijo al fin—. Solo puedo decirte lo que hicimos nosotros. Y nosotros seguimos. Aunque nos arrestaran, aunque murieran algunos, aunque todo pareciera inútil. Seguimos. No porque fuera inteligente sino porque no sabíamos hacer otra cosa.

Aída asintió despacio. Luego se levantó para irse.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por no decirnos que nos rindamos.

Después de que se fue, Tintero se quedó sentado en la sala, mirando los panfletos que los jóvenes le habían dejado. Uno de ellos reproducía

fragmentos de su libro, con una nota que decía: De los viejos incendiarios a los nuevos. La llama sigue viva.

Y era verdad. La llama seguía viva. No porque él la hubiera mantenido encendida, sino porque otros la habían recogido cuando él ya no podía cargarla. Esa era la lección que no había entendido hasta ese momento: que la revolución no era un evento sino una cadena. Que cada generación tomaba el fuego de la anterior, lo alimentaba un rato, y luego lo pasaba a la siguiente. Y que su papel no era salvar el mundo sino asegurarse de que el fuego no se apagara del todo.

Meses después, cuando Julián salió de la cárcel —más flaco, más viejo, pero no vencido—, volvió a visitar a Tintero. Le contó de los interrogatorios, de los golpes, de las noches en que creyó que no iba a sobrevivir. Y luego le dijo:

—Entiendo ahora por qué siguieron imprimiendo. No es por terquedad ni por heroísmo. Es porque si uno se rinde, entonces los que murieron, lo hicieron por nada. Y eso es peor que morir uno mismo.

Tintero asintió sin decir nada. Porque Julián tenía razón. Y porque no había nada más que decir.

Los jóvenes siguieron imprimiendo. Los arrestaron, los multaron, les decomisaron el mimeógrafo. Consiguieron otro. Los amenazaron, los expulsaron de la universidad, les cerraron los espacios. Buscaron otros. Y cada vez que caían, se levantaban. No porque fueran valientes sino porque eran tercos. Como lo habían sido Ramiro y Teresa y Dolores y todos los demás.

Y Tintero, desde su departamento pequeño que olía a café recalentado, los observaba con una mezcla de orgullo y tristeza. Orgullo porque habían recogido el fuego. Tristeza porque sabía que el fuego los iba a quemar. Pero también sabía otra cosa: que después de quemarse, otros vendrían. Y otros después de esos. Y que mientras hubiera jóvenes tercos con mimeógrafos y palabras urgentes, la llama no se apagaría del todo.

Esa noche, antes de dormir, Tintero escribió una última nota en su cuaderno: La revolución no se gana. Se hereda. Y la herencia no se pide. Se toma.

CAPÍTULO 14

El aprendiz que narra

Tintero tenía setenta y tres años cuando decidió que era hora de poner orden en su vida. No porque creyera que le quedaba poco tiempo —aunque tampoco creía que le quedara mucho—, sino porque había acumulado demasiadas cosas y ya no sabía dónde poner los pies sin tropezar con algún recuerdo. Su departamento parecía el almacén de una vida que no había sabido editarse: cajas de papeles viejos, libros apilados hasta el techo, ejemplares amarillentos de periódicos que ya nadie recordaba, fotografías de personas que ya nadie reconocía.

Comenzó por los cuadernos. Tenía treinta y siete, todos llenos con su letra cada vez más temblorosa. Algunos eran diarios, otros borradores de textos

que nunca terminó, otros simplemente apuntes al azar: frases escuchadas en la calle, ideas que no llegaron a nada, recuerdos que no sabía si eran verdaderos o inventados. Los fue revisando uno por uno, sentado en el suelo de la sala porque ya no tenía mesa suficientemente grande para extenderlos todos.

El primero era de cuando tenía doce años y acababa de llegar al sótano de los hermanos Flórez. La letra era infantil, llena de faltas de ortografía que ahora le daban vergüenza. Decía cosas como: Hoy aprendí a componer la palabra revolución. Ramiro dice que es la palabra más importante. Yo creo que es difícil de escribir. O: Esteban me enseñó a leer al revés. Dice que los tipógrafos tienen que poder leer con los ojos cerrados.

El último cuaderno era de hacía tres semanas. La letra era casi ilegible, como escrita por alguien que se está quedando ciego o que tiene las manos demasiado cansadas para sostener la pluma. Decía: Ya no sé si vale la pena seguir escribiendo. Nadie lee lo que escribo. Pero si no lo escribo, entonces nada de esto habrá existido. Y eso es peor.

Entre el primero y el último había cincuenta años de vida anotada en fragmentos. Tintero los leyó todos, aunque le tomó tres semanas. Y mientras los leía, se dio cuenta de algo que no había notado antes: que había estado escribiendo la misma historia una y otra vez, solo que con palabras distintas. La historia de gente que imprime palabras peligrosas. La historia de gente que pierde. La historia de gente que sigue imprimiendo aunque pierda.

Cuando terminó de leer los cuadernos, se preguntó qué debía hacer con ellos. Podía quemarlos, pero eso le parecía una traición a todo el tiempo que había invertido en escribirlos. Podía donarlos a alguna biblioteca, pero ninguna biblioteca iba a querer treinta y siete cuadernos de un viejo que nadie conocía. Podía dejárselos a alguien, pero no tenía hijos ni sobrinos ni nadie que pudiera heredar su desorden.

Decidió hacer algo que no había hecho nunca: releerlos todos con la intención de convertirlos en un solo texto coherente. No un libro, porque ya había escrito uno y eso había sido suficiente. Solo un manuscrito. Algo que pudiera dejar como testimonio de que había existido, de que había sido testigo, de que había tratado de preservar algo que el tiempo quería borrar.

Le tomó dos años. Dos años de rescribir, de tachar, de reorganizar, de preguntarse si valía la pena. Algunos días escribía diez páginas. Otros días no escribía nada, solo se quedaba mirando los cuadernos con la sensación de que estaba peleando contra el olvido y que el olvido iba ganando.

Pero siguió. Porque eso era lo que sabía hacer. Seguir.

El manuscrito final tenía trescientas páginas. No estaba dividido en capítulos sino en fragmentos, como si fuera un rompecabezas que el lector tendría que armar por su cuenta. Había fragmentos sobre Ramiro y su temperamento imposible. Sobre Esteban y su obsesión con la gramática. Sobre Justo y su pragmatismo que a veces parecía cobardía pero que no lo era. Sobre Teresa y su capacidad de seguir escribiendo aunque nadie leyera. Sobre las mujeres del fuego que mantuvieron viva la imprenta cuando los hombres no pudieron.

Sobre don Teobaldo y su caja de zapatos llena de historia. Sobre la cárcel de Piedra Sucia donde imprimieron con sangre. Sobre el exilio en San Luis del Norte donde descubrió que la patria no es un lugar sino una palabra. Sobre las cartas que nunca llegaron. Sobre Madueño y el robo de la revolución. Sobre los jóvenes que encontraron el libro y decidieron repetir los mismos errores.

Y también había fragmentos sobre él mismo. Sobre el niño que llegó al sótano por error y que se quedó porque no tenía adónde ir. Sobre el joven que aprendió que la tinta no se lava. Sobre el hombre que volvió del norte con las manos vacías y el corazón lleno de preguntas. Sobre el viejo que escribía porque no sabía hacer otra cosa.

Cuando terminó el manuscrito, lo leyó completo de un tirón. Le tomó toda una noche. Y cuando amaneció, se dio cuenta de algo que no había esperado: que la historia que había escrito no era solo la historia de la imprenta clandestina. Era también su historia. La historia de alguien que había pasado toda su vida tratando de preservar algo que se le escapaba entre los dedos. Y que al final, lo único que había preservado era su propia incapacidad de rendirse.

No sabía si eso era triste o heroico. Probablemente era las dos cosas.

Decidió titular el manuscrito igual que el libro que había escrito con Teresa: Los incendiarios de papel. Pero añadió un subtítulo: Memorias de un testigo que no quería serlo.

No intentó publicarlo. Ya había pasado por eso una vez y sabía que las editoriales no querían libros tristes escritos por viejos. Pero sí hizo cinco copias a mano. Una para él, que guardó en una caja bajo la cama junto con los cuadernos originales. Una para Teresa, aunque no sabía si seguía viva. Una para Aída, por si acaso seguía imprimiendo y necesitaba recordar que no era la primera. Una para la biblioteca nacional, que probablemente lo iba a guardar en un sótano y nadie lo iba a leer nunca. Y una para nadie en particular, para quien fuera que algún día se topara con ella y decidiera leerla.

Llevó la copia de Teresa personalmente. Seguía viviendo en el mismo cuarto de siempre, aunque ahora estaba más vieja, más flaca, más transparente. Parecía que el tiempo la había ido borrando poco a poco, como se borra un dibujo a lápiz. Cuando abrió la puerta y lo vio, sonrió.

—Pensé que ya te habías muerto —dijo.

—Todavía no —respondió Tintero—. Pero ya casi.

Se sentaron como siempre, con café frío y silencio cómodo. Tintero le entregó el manuscrito. Teresa lo hojeó con esa delicadeza de quien maneja algo frágil.

—¿Es sobre nosotros? —preguntó.

—Es sobre todos. Sobre lo que fuimos. Sobre lo que quisimos ser. Sobre lo que quedó.

Teresa siguió hojeando. Se detuvo en una página al azar y leyó en voz alta: La revolución fue nuestra juventud. Nos manchó las manos y nos rompió el corazón. Pero fue nuestra. Y eso tiene que valer algo.

—¿Escribí yo eso o lo escribiste tú? —preguntó.

—No me acuerdo —respondió Tintero—. Ya no sé qué escribí yo y qué escribiste tú. Todo se mezcló.

—Está bien así —dijo Teresa—. Las mejores historias son las que no tienen un solo autor.

Guardó el manuscrito con cuidado, como si fuera algo valioso. Luego dijo:

—¿Sabes qué es lo más raro de hacerse viejo?

—¿Qué?

—Que uno empieza a confundir los recuerdos con los sueños. Ya no sé si las cosas que recuerdo pasaron de verdad o si me las inventé. Ya no sé si Ramiro era como lo recuerdo o si lo estoy idealizando. Ya no sé si todo esto sirvió de algo o si solo nos contamos que sirvió para no volvernos locos.

—Pasó —dijo Tintero—. Todo pasó. Y sirvió. Aunque no de la manera que esperábamos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los jóvenes siguen imprimiendo. Porque el fuego no se apagó. Porque alguien leyó lo que escribimos y decidió que valía la pena repetirlo.

Teresa asintió despacio. Luego dijo:

—Cuando me muera, quiero que quemes todos mis papeles.

—No voy a hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque pasé toda mi vida tratando de preservar papeles. No voy a empezar a quemarlos ahora.

Teresa río. Era una risa cansada pero real.

—Eres un terco —dijo.

—Aprendí de los mejores —respondió Tintero.

Se despidieron sin dramatismo. Teresa murió tres meses después. No le dio tiempo de quemar sus papeles porque el infarto la agarró mientras dormía, que es la mejor manera de morir cuando uno ya está cansado de vivir. Tintero fue al funeral. Había cinco personas. Él, Aída, dos viejas amigas que Teresa había conocido en la cárcel, y un funcionario del gobierno que leyó un discurso preparado sobre la contribución de Teresa a la cultura nacional. Tintero no escuchó el discurso. Estaba demasiado ocupado recordando a la Teresa verdadera: la que escribía con rabia, la que organizaba a las mujeres del fuego, la que decía que la revolución no pide permiso.

Después del funeral, Aída le preguntó:

—¿Qué vas a hacer con sus papeles?

—Guardarlos —respondió Tintero—. Como guardé todo lo demás.

—¿Para qué?

—Para que alguien sepa que existió. Para que alguien lea lo que escribió. Para que la historia oficial no sea la única historia.

Aída asintió. Luego le dio un abrazo torpe, de esos que se dan cuando uno no sabe qué más hacer.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por no dejarnos olvidar.

Tintero volvió a su departamento con una caja más de papeles que añadir a las que ya tenía. Sabía que algún día él también iba a morir, y que alguien iba a tener que decidir qué hacer con todo ese desorden. Esperaba que esa persona no lo quemara. Esperaba que esa persona entendiera que cada papel, cada cuaderno, cada manuscrito, era una prueba de que algo había existido. De que no todo había sido en vano.

Esa noche, antes de dormir, escribió una última nota en su cuaderno: Narrar es otra forma de imprimir. Fijar lo que se escapa. Y aunque nadie lea lo que escribo, aunque todo termine en una caja bajo la cama de alguien, al menos quedará la certeza de que intenté preservar algo. Y el intento, aunque fracase, es lo único que nos hace humanos.

CAPÍTULO 15

Cenizas que arden

La imprenta estaba en silencio cuando Tintero entró por última vez. No era la misma imprenta del sótano de los hermanos Flórez, esa había desaparecido décadas atrás. Esta era una reconstrucción, un museo dentro del museo, con paredes limpias y luces que no parpadeaban como las de queroseno. La prensa estaba allí, reluciente, restaurada, convertida en objeto de contemplación. Ya no olía a tinta ni a plomo derretido. Olía a barniz y a olvido.

Había una placa al lado que decía: Prensa manual utilizada por los hermanos Ramiro, Esteban y Justo Flórez Melón durante los años de la resistencia clandestina. Donada por herederos anónimos. Tintero leyó la placa y sonrió con amargura. Herederos anónimos. Como si la historia pudiera heredarse anónimamente, como si los muertos no tuvieran nombre.

Era un sábado por la mañana y el museo estaba casi vacío. Dos turistas japoneses fotografiaban todo sin leer nada. Un grupo de estudiantes aburridos seguía a una guía que recitaba datos memorizados con la pasión de quien lee la lista del súper. Nadie prestaba atención a la prensa. Era solo otro objeto viejo entre muchos objetos viejos.

Tintero se quedó parado frente a la máquina durante largo rato. La miró como se mira a un viejo amigo al que no has visto en años y que ya no te reconoce. Extendió la mano y la puso sobre el metal frío. El guardia de seguridad se acercó con paso rápido.

—Disculpe, señor, no puede tocar las piezas.

—Yo trabajé en esta prensa —dijo Tintero sin quitar la mano.

—Lo siento, señor, pero no puede tocarla. Son las reglas.

Tintero retiró la mano despacio. El guardia se quedó cerca, vigilante, como si temiera que el viejo fuera a robarse la prensa o a vandalizar la historia. Tintero quiso decirle que la historia ya estaba vandalizada, que convertir una herramienta de lucha en pieza de museo era la peor forma de vandalismo. Pero no lo dijo. ¿Para qué? El guardia solo cumplía su trabajo, y su trabajo era proteger objetos muertos de personas vivas.

Se alejó de la prensa y recorrió el resto de la sala. Había vitrinas con ejemplares de Renacimiento, el periódico que habían impreso en el sótano. Estaban protegidos con vidrio, iluminados con luces especiales, acompañados de textos explicativos que convertían la rebeldía en dato histórico. En una esquina había fotografías ampliadas: Ramiro con el ceño fruncido, Teresa con los ojos tristes, Esteban con un libro en las manos. Todos muertos. Todos convertidos en mártires convenientes de una causa que ya no incomodaba a nadie.

Había también una sección dedicada a las mujeres del fuego, aunque era más pequeña que las otras. Una fotografía borrosa de Dolores Limón, un texto breve sobre Remedios Sotelo, una mención al pie de página de las demás. Como si su contribución hubiera sido secundaria, como si mantener viva la llama cuando todos habían caído fuera menos importante que caer espectacularmente.

Tintero sintió rabia. Una rabia vieja, cansada, que ya no tenía fuerzas para gritar pero que seguía ardiendo por dentro. Quiso romper las vitrinas, sacar los periódicos, distribuirlos en la calle como en los viejos tiempos. Quiso gritarles a los turistas japoneses que dejaran de fotografiar y leyeran, que esos papeles amarillentos habían costado sangre y cárcel y vidas rotas. Pero no hizo nada de eso. Se quedó parado, respirando despacio, tratando de calmarse.

Un niño se le acercó. Tendría unos diez años, llevaba uniforme escolar y una mochila más grande que él. Lo miró con curiosidad.

—¿Usted conoció a esos señores? —preguntó señalando las fotografías.

—Sí —respondió Tintero—. Los conocí.

—¿Eran héroes?

Tintero pensó en cómo responder. Podía decir que sí, que eran héroes, que habían dado su vida por la libertad y otras mentiras bonitas. O podía decir la verdad.

—Eran personas —dijo al fin—. Personas comunes que hacían cosas difíciles porque no sabían hacer otra cosa. A veces ganaban, casi siempre perdían. Pero seguían intentando.

—¿Y para qué seguían si perdían? —preguntó el niño con lógica infantil.

—Buena pregunta —respondió Tintero—. Ojalá tuviera una buena respuesta.

El niño se encogió de hombros y se fue a reunir con su grupo. Tintero se quedó pensando en la pregunta. ¿Para qué seguían si perdían? ¿Para qué había seguido él durante cincuenta años escribiendo cosas que nadie leía?

¿Para qué Teresa había seguido escribiendo hasta el día en que murió? ¿Para qué los jóvenes como Aída seguían imprimiendo aunque los arrestaran?

No tenía respuesta. O más bien, tenía muchas respuestas y todas eran insuficientes. Seguían porque la alternativa era peor. Porque rendirse era traicionar a los que habían caído. Porque mientras siguieran imprimiendo, la palabra no moría del todo. Porque el fuego, aunque no calentara, al menos daba luz.

Salió del museo con la sensación de haber visitado su propia tumba. Afuera, la ciudad bullía con su indiferencia habitual. La gente caminaba rápido, hablaba por teléfono, compraba cosas que no necesitaba. Nadie pensaba en revoluciones ni en imprentas clandestinas. Y estaba bien. La vida seguía, con o sin memoria, con o sin héroes.

Caminó sin rumbo durante un rato. Sus piernas ya no eran lo que habían sido, pero todavía podían llevarlo de un lugar a otro. Pasó frente a lo que alguna vez había sido la papelería de los hermanos Flórez. Ahora era una cafetería de esas modernas donde todo cuesta el doble y sabe a la mitad. Se asomó por la ventana. Jóvenes con computadoras tomaban café de nombres ridículos y hablaban de proyectos y metas y otras palabras que no significaban nada. Nadie sabía que bajo sus pies había existido un sótano donde se imprimía la palabra prohibida.

Sintió la tentación de entrar y decirles: aquí hubo una imprenta, aquí se hizo historia, aquí hubo gente que creyó que las palabras podían cambiar el mundo. Pero no entró. ¿Para qué arruinarles el café con historias de viejos?

Siguió caminando. Pasó frente al penal de Piedra Sucia, que ahora era un centro comercial. Las paredes grises de la cárcel habían sido pintadas de colores alegres, las celdas convertidas en tiendas. Nadie sabía que allí se había impreso con sangre, que allí había hombres que habían mantenido la dignidad aunque les quitaran todo lo demás.

La ciudad había borrado su memoria. O más bien, la había reemplazado con una memoria oficial, limpia, conveniente. Una memoria que cabía en placas conmemorativas y en capítulos de libros de texto. Una memoria que no manchaba, que no dolía, que no obligaba a nadie a hacer preguntas incómodas.

Pero Tintero sabía que había otra memoria. Una memoria hecha de papeles amarillentos guardados en cajas, de cuadernos con letra temblorosa, de manuscritos que nadie leía. Una memoria incómoda, llena de contradicciones, de derrotas, de verdades que no se podían convertir en monumentos. Y esa memoria, aunque frágil, aunque olvidada, era la verdadera.

Llegó a su departamento al atardecer. Estaba cansado, con ese cansancio que ya no se quita durmiendo. Se sentó en su silla de siempre, frente a la ventana, y miró la ciudad que se oscurecía. Las luces se encendían una por una, como estrellas terrestres. Y por un momento, solo por un momento, Tintero se permitió creer que cada luz era una palabra impresa, una palabra que resistía la oscuridad.

Sabía que iba a morir pronto. No porque estuviera enfermo, sino porque llevaba demasiado tiempo vivo. Y cuando muriera, alguien iba a tener que decidir qué hacer con sus papeles, con sus cuadernos, con su memoria acumulada. Esperaba que esa persona no los quemara. Esperaba que los guardara, aunque fuera en una caja en algún sótano olvidado. Porque mientras existieran, mientras alguien pudiera leerlos, la historia no estaría completamente muerta.

Se levantó con esfuerzo y fue a la caja que guardaba bajo la cama. La abrió. Adentro estaban los cuadernos, los manuscritos, las cartas que nunca envió, los panfletos que había guardado durante décadas. Los miró con ternura, como se mira a hijos que no salieron como uno esperaba pero que son hijos de todas formas.

Sacó uno de los cuadernos al azar y lo abrió. Era de hacía cuarenta años. Decía: Hoy imprimimos. Mañana tal vez nos arresten. Pero hoy imprimimos. Y eso tiene que significar algo.

Sonrió. Sí, había significado algo. Quizá no lo que esperaban. Quizá no había cambiado el mundo. Pero había dejado un rastro. Había probado que la palabra podía resistir, que la memoria podía sobrevivir aunque nadie la quisiera, que el fuego podía arder aunque fuera solo en forma de cenizas.

Cerró el cuaderno y lo volvió a guardar en la caja. Luego sacó una hoja en blanco y una pluma. Escribió despacio, con letra que apenas se podía leer:

A quien lea esto:

Esta es la historia de gente que imprimió palabras peligrosas. Perdieron casi todas sus batallas. Murieron pobres, amargados, olvidados. Pero no se rindieron. Y eso, creo, es lo único que vale la pena recordar.

Si estás leyendo esto, es porque decidiste que valía la pena buscar en las cajas olvidadas, en los sótanos húmedos, en los rincones donde la historia oficial no mira. Gracias por eso. Gracias por no dejarnos morir del todo.

Y si alguna vez tienes que decidir entre imprimir o callarte, entre resistir o rendirte, entre mancharte las manos o mantenerlas limpias, recuerda esto: la tinta no se lava. Pero las manos limpias tampoco cambian nada.

Firmó: Tintero. Aprendiz de impresor. Testigo involuntario. Guardián de cenizas que todavía arden.

Guardó la hoja en la caja, cerró la tapa y volvió a meterla bajo la cama. Luego se acostó, cerró los ojos, y por primera vez en muchos años durmió sin soñar. Porque ya no necesitaba soñar. Había cumplido. Había preservado. Había dejado el fuego encendido para quien quisiera recogerlo.

Y afuera, en la ciudad indiferente, en algún sótano húmedo o en alguna cocina prestada, alguien seguía imprimiendo. Porque el fuego no se apaga. Solo cambia de manos. Y mientras haya manos dispuestas a mancharse, mientras haya palabras que necesiten ser dichas, mientras haya papel que resista, las cenizas seguirán ardiendo.

Siempre.

EPÍLOGO

Encontraron la caja tres años después de que Tintero muriera. Estaba bajo la cama, como él había dicho, cubierta de polvo y olvido. La encontró una sobrina segunda que ni siquiera sabía que existía hasta que un notario la llamó para decirle que había heredado un departamento pequeño en un barrio que ya nadie recordaba. La sobrina fue con la intención de vender todo rápido, quedarse con algo de dinero y olvidarse del asunto. Pero cuando vio la caja, sintió curiosidad.

La abrió. Adentro había cuadernos, manuscritos, cartas amarillentas, fotografías de personas que no reconocía. Y arriba de todo, una hoja con letra temblorosa que decía: A quien lea esto. La leyó parada en medio del cuarto polvoriento, con la luz del atardecer entrando por la ventana sucia. Y cuando terminó de leer, supo que no podía tirar eso a la basura.

No sabía qué hacer con la caja. Pensó en donarla a un museo, pero recordó lo que la carta decía sobre los museos y decidió que no. Pensó en publicar los manuscritos, pero no conocía editoriales ni sabía cómo funcionaba ese mundo. Finalmente, por consejo de una amiga que trabajaba en la universidad, los llevó al departamento de historia.

El profesor que los recibió era un hombre joven, de esos que creen que la historia es algo que se estudia en libros y no algo que se vive en sótanos. Revisó los papeles con desgana, como quien revisa la tarea de un alumno mediocre. Pero mientras leía, su expresión fue cambiando. De aburrimiento a interés. De interés a fascinación. De fascinación a algo parecido al asombro.

—¿De dónde sacó esto? —preguntó.

—Era de mi tío abuelo. O algo así. No lo conocí.

—Esto es... esto es importante. Esto es historia oral, testimonio directo, fuente primaria. Esto no está en ningún libro.

—¿Y qué hago con eso?

—Déjemelo. Voy a digitalizarlo, a transcribirlo, a preservarlo. Y voy a intentar publicarlo.

La sobrina aceptó con la condición de que mencionaran el nombre completo de Tintero, no solo su apodo. El profesor prometió hacerlo, aunque no estaba seguro de cuál era el nombre completo. En los papeles solo decía Tintero, como si ese fuera su nombre verdadero. Como si la tinta lo hubiera bautizado y ya no necesitara otro nombre.

Le tomó dos años al profesor transcribir y ordenar todo. Era un rompecabezas gigantesco: cuadernos que saltaban de una época a otra, manuscritos que se repetían con ligeras variaciones, cartas que hacían referencia a eventos que no estaban explicados en ninguna parte. Pero poco a poco fue armando la historia. La historia de la imprenta clandestina. La historia de los hermanos Flórez. La historia de Teresa y las mujeres del fuego. La historia de la cárcel de Piedra Sucia. La historia de un país que había cambiado de nombre pero no de costumbres.

Y sobre todo, la historia de Tintero. El niño que llegó por error y se quedó por obstinación. El testigo involuntario que terminó siendo el único que preservó la memoria. El guardián de cenizas que todavía ardían.

Cuando el manuscrito estuvo listo, el profesor intentó publicarlo. Las grandes editoriales lo rechazaron con las mismas excusas de siempre: demasiado largo, demasiado triste, demasiado honesto. Pero una editorial pequeña, de esas que publican libros que deben existir aunque no se vendan, aceptó. El tiraje fue de mil ejemplares. Nadie esperaba que se vendieran.

Se vendieron todos en seis meses.

No fue un éxito inmediato ni escandaloso. Fue un éxito lento, de boca en boca, de mano en mano. Lo compraban estudiantes que buscaban una historia distinta a la oficial. Lo compraban viejos que habían vivido esa época y que reconocían en esas páginas su propia experiencia. Lo compraban jóvenes que imprimían panfletos en mimeógrafos y que necesitaban saber que no eran los primeros.

Hubo una segunda edición. Luego una tercera. Algunas universidades lo incluyeron en sus programas de historia oral. Algunos grupos de teatro lo adaptaron en obras que se presentaban en sótanos y cafeterías. Algunos profesores lo usaban para enseñar que la historia no es solo la de los que ganan sino también la de los que pierden pero no se rinden.

Y lo más curioso: empezaron a aparecer otros testimonios. Gente que había conocido a Ramiro, a Teresa, a Dolores. Gente que tenía cartas guardadas, fotografías olvidadas, recuerdos que creían que no le importaban a nadie. Y todos decían lo mismo: que la historia de Tintero era verdadera. Que así había sido. Que no era una romantización ni invención, sino memoria pura, dura, honesta.

El profesor organizó una presentación del libro. Fue en un auditorio pequeño de la universidad, un martes por la tarde. No esperaban a mucha gente. Llegaron doscientas personas. Tuvieron que abrir las puertas y dejar que la gente se sentara en el suelo, en las escaleras, de pie al fondo.

Entre el público estaba Aída. Ya no era la joven fogosa que había visitado a Tintero décadas atrás. Era una mujer de cincuenta años, con el pelo canoso y las manos todavía manchadas de tinta. Seguía imprimiendo. Había pasado por la cárcel dos veces, había sido despedida de tres trabajos, había perdido amistades y relaciones. Pero seguía. Porque eso era lo que hacían los incendiarios de papel. Seguir.

Cuando el profesor terminó de hablar, Aída levantó la mano.

—Yo lo conocí —dijo—. Conocí a Tintero. Era un viejo terco que no sabía cuándo rendirse. Nos enseñó que la revolución no se gana, se hereda. Y que la herencia no se pide, se toma.

Hubo un murmullo en el auditorio. Alguien aplaudió. Luego otro. Luego todos. No era un aplauso para Aída sino para Tintero, para Ramiro, para Teresa, para todos los que habían impreso palabras peligrosas y habían muerto sin ver el resultado.

Después de la presentación, varios jóvenes se acercaron a Aída. Querían saber más. Querían aprender. Querían imprimir. Ella los miró con la misma mezcla de ternura y lástima con que Tintero la había mirado a ella décadas atrás. Y les dijo lo mismo que él le había dicho:

—No confíen en nadie que prometa organizar la revolución. No impriman por gloria. Guarden copias de todo. Y prepárense para perder. Porque van a perder. Pero van a seguir de todas formas.

Los jóvenes asintieron con seriedad, como si estuvieran recibiendo una bendición. Y quizá lo estaban. La bendición de saberse parte de una cadena. De saber que antes de ellos hubo otros. Y que después de ellos habrá más.

El libro siguió circulando. Llegó a manos de gente que Tintero nunca conoció y nunca hubiera imaginado. Llegó a otros países, donde fue traducido con dificultad porque algunas expresiones no tenían equivalente. Llegó a prisiones, donde los presos lo leían y se reconocían en esas páginas. Llegó a escuelas, donde los maestros lo usaban para enseñar que la historia la hacen personas comunes, no héroes de mármol.

Y cada vez que alguien lo leía, Tintero dejaba de estar muerto un poco. Porque eso es lo que hace la palabra escrita: resucita a los muertos. Los saca de sus tumbas, les da voz, les permite seguir hablando aunque sus bocas estén llenas de tierra.

Pasaron los años. El libro se convirtió en un clásico menor, de esos que no están en los programas oficiales pero que todos los interesados en la historia verdadera han leído. Se escribieron tesis sobre él. Se hicieron documentales. Se organizaron encuentros de testimonio donde la gente compartía sus propias historias de imprentas clandestinas, de palabras prohibidas, de resistencias pequeñas.

Y en algún lugar, en algún sótano húmedo o en alguna cocina prestada, alguien seguía imprimiendo. Con mimeógrafos, con impresoras caseras, con fotocopiadoras robadas, con lo que fuera. Imprimiendo palabras que el poder no quería escuchar. Distribuyendo papeles que nadie había pedido pero que alguien necesitaba leer.

Porque esa era la lección final del libro, la que Tintero había tratado de enseñar durante toda su vida: que el fuego no se apaga. Solo cambia de manos. Que la revolución no termina, solo se transforma. Que las palabras sobreviven a todo: a la censura, a los museos, al olvido, a la muerte.

Y que mientras haya alguien dispuesto a mancharse las manos, mientras haya papel que resista, mientras haya tinta que manche, las cenizas seguirán ardiendo.

La historia oficial dirá que la revolución triunfó o que fracasó, que los héroes fueron estos o aquellos, que todo terminó en tal o cual fecha. Pero la historia verdadera, la que está escrita en cuadernos guardados bajo las camas, en cartas que nunca llegaron, en manuscritos que casi nadie leyó, esa historia dice otra cosa.

Dice que hubo gente común que hizo cosas extraordinarias sin esperar reconocimiento. Que hubo manos manchadas de tinta que nunca se limpiaron del todo. Que hubo palabras que resistieron aunque todo estuviera en contra. Y que esas palabras, frágiles como el papel, perdurables como la memoria, siguen ardiendo todavía.

En los sótanos. En las cocinas. En los cuartos de estudiantes. En los talleres clandestinos. En todos los lugares donde alguien decide que el silencio es peor que el riesgo, que la palabra debe ser dicha aunque nadie quiera escucharla, que vale la pena mancharse las manos aunque las manos limpias sean más cómodas.

Allí está la revolución verdadera. No en los monumentos ni en los museos ni en los discursos oficiales. Sino en el papel que todavía quema. En la tinta que todavía mancha. En las cenizas que, contra toda lógica, todavía arden.

Y mientras arda, aunque sea débilmente, aunque sea en secreto, aunque sea sin testigos, la llama seguirá encendida.

Para siempre.

O al menos hasta que alguien más decida recogerla.

—FIN